

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LII - Núm. 774
Diciembre 1995

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración
Durán i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Peligro, 8. Barcelona
Depósito Legal: B-15860-58

LA ESPERANZA CRISTIANA EN LA LITURGIA DEL ADVIENTO

Francisco Canals Vidal

LA SALVACIÓN DEL MUNDO POR MARÍA

«VEN, SEÑOR JESÚS»

José M^º Petit Sullá

SIGNO DE CONTRADICCIÓN

Karol Wojtyła

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Nicolás Berdiaeff

SAN IGNACIO Y MIGUEL ÁNGEL

Ignacio M^º Serra Goday

NAVIDAD

Tomás Lamarca

LA MUERTE DE UN CAPUCHINO CONMOCIONA LA CIUDAD DE BARCELONA DURANTE LA OCUPACIÓN NAPOLEÓNICA

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

SAN LUIS, REY DE FRANCIA, EN LA ORACIÓN DE LA IGLESIA

Santiago M^º Amer

TRES HECHOS RECIENTES EN LA PERSPECTIVA DEL TRIUNFO DE CRISTO, REY DE LAS NACIONES

José Javier Echave-Sustaeta del Villar

EL CÁLCULO DE PROBABILIDADES AL SERVICIO DE LA INVESTIGACIÓN BÍBLICA

Josep M. Mundet i Gifre

LA ESPERANZA CRISTIANA EN LA LITURGIA DEL ADVIENTO

El doble advenimiento de Cristo Nuestro Señor

El tiempo del Adviento inicia el año litúrgico y precede inmediatamente a la solemnidad del nacimiento del Señor. No sólo esta continuidad en los respectivos ciclos, sino muchas de las lecturas, antifonas y oraciones de esta etapa dan fundamento a la consideración que ve en el «advenimiento» anunciado y esperado, la venida en carne del Hijo de Dios concebido por el Espíritu Santo en el seno de María y nacido en Belén de Judá para ser nuestro salvador.

Este aspecto del Adviento es comúnmente conocido por los fieles, y siempre oportunamente recordado en la enseñanza catequística y en la predicación homilética. Pero en la liturgia del Adviento aparece internamente relacionado con otra dimensión fundamental de la fe y de la esperanza cristiana: la que profesamos en el Credo al decir: «Y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos. Y su Reino no tendrá fin».

El «advenimiento» de Cristo no es sólo el primer advenimiento, en humildad y ocultamiento de su divinidad, para compartir nuestra pequeñez humana, dar ejemplo de anonadamiento, y consumir nuestra Redención por el sufrimiento y la muerte, sino también el segundo advenimiento, glorioso, para juzgar como Rey al Universo.

Desde el primer domingo de este ciclo, y desde el inicio de su liturgia en el «oficio de lectura», en el texto de la catequesis de San Cirilo de Jerusalén, obispo y Doctor de la Iglesia, hallamos:

«Anunciamos la venida de Cristo pero no una sola, sino también la segunda, mucho más magnífica que la anterior. La primera llevaba consigo un significado de sufrimiento; esta otra, en cambio, llevará la diadema del Reino divino.

»Pues casi todas las cosas son dobles en nuestro Señor Jesucristo. Doble es su nacimiento: uno, de Dios, desde toda la eternidad; otro, de la Virgen en la plenitud de los tiempos. Es doble también su descenso: el primero, silencioso como la lluvia sobre el vellón; el otro manifiesto, todavía futuro.

»En la primera venida fue envuelto en pañales en el pesebre; en la

segunda se revestirá de luz como su vestidura. En la primera soportó la Cruz, sin miedo a la ignominia; en la otra vendrá glorificado, escoltado por un ejército de Angeles. No pensamos pues en la venida pasada; esperamos también la futura. Y habiendo proclamado en la primera: *Bendito el que viene en nombre del Señor*, diremos eso mismo en la segunda; y saliendo al encuentro del Señor con los Ángeles, aclamaremos adorándolo: *Bendito el que viene en nombre del Señor*.

»El Salvador vendrá, no para ser de nuevo juzgado, sino para llamar a su tribunal a aquellos por quienes fue llevado a juicio. Aquel que antes, mientras era juzgado, guardó silencio, refrescará la memoria de los malhechores que osaron insultarle cuando estaba en la Cruz, y les dirá: *esto hicisteis y yo callé*. De ambas venidas habla el Profeta Malaquías: *De pronto entrará en el Santuario el Señor que vosotros buscáis*. He ahí la primera venida.

»Respecto a la otra, dice así: "El mensajero de la Alianza que vosotros deseáis: miradlo entrar —dice el Señor de los ejércitos— ¿Quién podrá resistir el día de su venida? ¿Quién quedará en pie cuando aparezca? Será un fuego de fundidor, una lejía de lavadero: se sentará como un fundidor que refina la plata".

»Escribiendo a Tito, también Pablo habla de esas dos venidas en estos términos: "ha aparecido la gracia de Dios y trae la salvación para todos los hombres; enseñándonos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos; y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dicha que esperamos: la aparición gloriosa del gran Dios que es Jesucristo". Expresa su primera venida dando gracias por ella; pero también la segunda, la que esperamos.

»Por esta razón en nuestra profesión de fe tal como la hemos recibido por Tradición, decimos que creemos en aquel *que subió al Cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y a muertos, y su Reino no tendrá fin*.

»Vendrá pues desde los cielos Nuestro Señor Jesucristo. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo que fue creado al principio, será otra vez renovado».¹

Consumación y renovación: «El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, no está todavía acabado...»

Con frecuencia las expresiones que se refieren a «la venida del Señor para juzgar», «al fin del mundo», «la consumación de este mundo» sugieren un misterioso e instantáneo momento.

Momento a partir del cual —se piensa—, deja de existir el universo del tiempo y de la historia; con el final juicio divino ya la Iglesia es definitivamente triunfante y celeste. Los redimidos, ya resucitados, viven en la eterna felicidad, que es el término a que tiende finalmente y a que se ordena todo cuanto se da en la temporalidad y en la historicidad de los pueblos y de la Iglesia militante.

La esperanza teológica, que se apoya en las Promesas de Dios y en su gracia, no tiene otros contenidos defini-

1. San Cirilo de Jerusalén: *Catequesis* 15, 1-3 (M.G. 33, 870-874).

«Nadie niega ya ni duda siquiera que será Jesucristo el juez supremo del juicio final y que éste será tal cual se anuncia en las Sagradas Letras. Sólo el que por una incredulidad ciega y quisquillosa no cree en las Escrituras, que ya han manifestado su veracidad al mundo entero, duda de esto. He aquí las cosas que sucederán en el juicio o hacia este tiempo: la venida de Elías Tesbite, la conversión de los judíos, la persecución del Anticristo, la venida de Cristo a juzgar, la resurrección de los muertos, la separación entre los buenos y los malos, la conflagración del mundo y su renovación. Es preciso creer que todo esto sucederá; pero ¿de qué modo y en qué orden? La experiencia nos lo enseñará mejor que puedan hacerlo ahora las conjeturas de la razón humana. Con todo, tengo para mí que sucederán en el orden que he venido diciendo.»

«El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21,27; cf. Mt 25,31) con el advenimiento del Rey a la tierra... por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Cor 11,26) que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 Pe 3,11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf. 1 Cor 16,22; Ap 22,17-20).»

Catecismo de la Iglesia católica, núm. 671

tivos más que los referentes a la gloria celeste. Toda la escatología, es decir, la teología de las últimas cosas, se concentra en la cuádruple verdad recordada en la enseñanza catequística: la muerte, el juicio de Dios —particular y universal— el infierno y la gloria.

Más que un sistema teológico, o que una explicación catequística elemental, aquel conjunto de ideas más bien podría definirse por la falta de atención e incluso tal vez la ignorancia sobre muchos contenidos de la Sagrada Escritura, de la Tradición apostólica y eclesial, insistentemente expresados en la liturgia.

Me refiero a contenidos pertenecientes a la esperanza cristiana en su sentido más profundo, como virtud teológica, por cuanto se refieren constantemente a los anuncios de los Profetas reiterados en la predicación apostólica.

Estos contenidos de la esperanza no expresados en aquella fórmula cuádruple, llenan la liturgia de Adviento, y pueden ser hoy más luminosamente manifiestos por las ricas formulaciones que hallamos en el nuevo *Catecismo de la Iglesia católica*, promulgado el día 11 de octubre de 1992.

«Ya presente en la Iglesia, el Reino de Cristo sin embargo, no está todavía acabado con el Advenimiento del Rey sobre la Tierra con "gran poder y gloria".²

Si seguimos leyendo el número 671 y siguientes, en los que se relaciona explícitamente el advenimiento glorioso de Cristo con el cumplimiento de las promesas a Israel, el significado de la palabra *acabado* dejará de tener para nosotros el sentido de «cesación» o de momento último de la existencia de algo.

El «acabamiento», la «culminación» o «consumación» tiene el significado de la plenitud de ser a que tiende un proceso, y en la que algo alcanza su perfección consumada. Es decir, lo que la Iglesia está destinada a ser en el designio de Dios, sólo se consumará plenamente en la segunda venida gloriosa del Señor a la Tierra.

Que este acabamiento o consumación se da, en un sentido verdadero, en la misma historia temporal, aunque en tensión esperanzada hacia la suma plenitud en la eternidad celeste, lo podemos advertir en las palabras del propio *Catecismo*, que en su número 672 nos dice:

«La venida del Mesías glorioso en un momento determinado de la historia (cf. Rm. 11, 31) se vincula al reconocimiento del Mesías *por todo Israel* (Rm 11, 26; Mt. 23, 39)... San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que el Señor venga al tiempo de la consolación y envíe a Cristo, que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal de que Dios habló por boca de sus Profetas" (Hch. 3, 19-21) "La entrada de la plenitud de los judíos en la salvación mesiánica hará al Pueblo de Dios llegar a la plenitud de Cristo" (Efesios 4, 13)».

Esta afirmación que refiere la plenitud del pueblo de Dios en Cristo a la entrada de los judíos en la salvación mesiánica, nos sitúa en el ambiente del iluminador texto del Concilio Vaticano II:

«La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del Apóstol Pablo, sobre sus hermanos de sangre, *a quienes pertenece la adopción y la gloria, la alianza, la Ley, el culto y las promesas; y también los Patriarcas, de quienes procede Cristo según la carne* (Rm. 9, 4-5), hijo de la Virgen María. Recuerda también que los Apóstoles, fundamentos y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como muchísimos de aquellos primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio de Cristo.

»Como afirma la Sagrada Escritura, Jerusalén no conoció el tiempo de su visita, gran parte de los judíos no aceptaron el Evangelio, e incluso no pocos se opusieron a su difusión. No obstante, según el Apóstol, los judíos son todavía muy amados de Dios a causa de sus Padres porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación. La Iglesia, juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y *le servirán como un solo hombre* (Soph. 3,9)».³

Al vincular este reconocimiento por parte de Israel de Cristo como el Mesías a la venida gloriosa de Cristo al

2. *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 671.

3. Concilio Vaticano II, *Nostra aetate*, núm. 4.

mundo como su Rey y Juez, el Catecismo viene a reasumir enseñanzas que durante siglos muchos escritores eclesiásticos habían enunciado en el diálogo con las objeciones de los judíos incrédulos acerca del cumplimiento en Cristo de las profecías mesiánicas.

San Justino el Filósofo en diálogo con los judíos

A mediados del siglo II San Justino, llamado el *Filósofo*, y que murió como mártir de la fe cristiana, era así interpelado por el judío Tryfón:

«Vamos a ver, dime —exige Tryfón a Justino— ¿reconocéis vosotros que Jerusalén será restaurada, nuestro pueblo nuevamente reunido, y esperaréis vosotros triunfar junto con los Patriarcas y los Profetas y con los que fueron de nuestro linaje? ¿O es que, para aparentar que nos vencéis en la disputa, os refugiáis en la aceptación de esto?»

San Justino se indigna de la sospecha de hipocresía incluida en la pregunta del judío incrédulo, y con toda sinceridad describe las distintas actitudes que se hallan entre los cristianos, pero también la necesidad de no confundir a los cristianos con los herejes que blasfeman del Dios de Israel y maldicen a Israel y a todo lo que Dios ha creado:

«No soy tan miserable para decir una cosa que no sientó. Ya te he dicho que yo y muchos otros cristianos pensamos así, de manera que tenemos como absolutamente cierto que sucederá cuanto dices.

»También reconozco que otros muchos, incluso de los que pertenecen al linaje de los cristianos, no admiten esta doctrina pura y piadosa.

»Así pues, yo y los cristianos que sienten en todo rectamente sabemos esto: Creemos en la Resurrección de la carne, y en la Restauración de Jerusalén la que profetizaron Ezequiel, Isaías y todos los Profetas.

»Si te encuentras con algunos que se dan a sí mismos el nombre de cristianos, pero que blasfeman del Dios de Abraham, Isaac y de Jacob, y niegan la resurrección de la carne, ya te he dicho que te guardes de tenerlos por cristianos, porque son herejes, impíos y ateos».⁴

En esta respuesta, dada hacia el año 152 por el apologista de la fe cristiana, y en algunos textos anexos encontramos, diríamos clasificados, cuatro grupos con respecto al tema de la esperanza del cumplimiento en el Israel de la carne de las promesas hechas a los profetas.

Convencional y provisionalmente, los caracterizaremos en su relación con lo que se ha dado en llamar, muchas veces impropriamente y siempre con grandes equívocos, «milenario», término referido al Reino de Cristo

4. San Justino el Filósofo: *Diálogo con el judío Tryfón*, núm. 80 (M.G. 6, 663).

«La venida del Mesías glorioso en un momento determinado de la historia (cf. Rm 11,31) se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11,26; Mt 23,39)... San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés. "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3,19-21)... la entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11,12) en la salvación mesiánica... hará al pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4,13).»

Catecismo de la Iglesia católica, núm. 674

y de sus Santos durante «mil años», de que habla el Apocalipsis (Apoc. 20, 6).

Primer grupo: cristianos que esperan la futura plenitud del Reino mesiánico («milenario»)

Unos como el propio Tryfón, afirman que, lo que no se ha cumplido todavía, se cumplirá en el futuro, es decir, en los tiempos de que habla San Pablo: «Todo Israel será salvado».⁵

Son los cristianos que profesan la doctrina que en siglos posteriores y hasta hoy es calificada, imprecisamente, como milenario.

Segundo grupo: Cristianos que niegan que haya que esperar aquella plenitud de Reino mesiánico unidos los «judíos» y los «gentiles» en la fe en Cristo (cristianos no «milenario»):

Éstos, aunque pertenecen al linaje de los cristianos, no parecen admitir esta sentencia recta y piadosa de la

5. Rm 11, 26.



futura restauración de Israel, y la unidad de los gentiles con los judíos, anunciada y prometida. Son los cristianos venidos de la gentilidad que no comparten aquella esperanza y ven con recelo su afirmación cual si se tratase del milenarismo judaizante.

Tercer grupo: sedicentes cristianos negadores del Antiguo Testamento y de la Encarnación y la Resurrección (gnósticos)

Otro grupo, que quiere llamarse cristiano, pero es herético —se trata de los gnósticos— no sólo niegan la esperanza de Israel sino también la resurrección de la carne y blasfeman del Dios de los judíos. Es la tradición que desconoce el carácter divino de la revelación del Antiguo Testamento y considera mala la obra del Dios Creador; esta línea tiene su culminación más visible en la historia en el maniqueísmo o catarismo. Tienen un sedicente antimilenarismo que encubre el rechazo del Antiguo Testamento y la blasfemia contra el Dios de Israel. Desde luego, despreciadores de lo que Dios ha creado, niegan toda resurrección.

Cuarto grupo: sedicentes cristianos judaizantes que conciben a Cristo como un mero hombre y a su Reino como un Reino terreno (milenarismo ebionita)

Antitéticamente enfrentados a éstos, están los judíos que incluso dicen reconocer a Jesús de Nazareth como Mesías, pero lo consideran como un mero hombre entre los hombres, concebido por modo ordinario, y esperan su Reinado de una manera carnal y terrena: son los «ebionitas», los que se presentan a sí mismos como los «pobres del Señor» y esperan que la obra del Mesías sea la liberación del pueblo de Israel de la dominación de las naciones. Son los judaizantes, que tienen del Reino mesiánico una visión terrena y temporal.⁶

Este milenarismo ebionita se ha prolongado en nuestro tiempo en los mesianismos terrenos descritos en el *Catecismo de la Iglesia católica*, y cuya culminación más reciente se ha dado en los ideales del marxismo.⁷

El modo de entender la resurrección los judaizantes ebionitas es descrito por San Agustín como análogo al que los saduceos denunciaban en los fariseos: los resucitados volverán a vivir una vida semejante a la de este tiempo, engendrarán hijos como en los tiempos presentes, y en todo vivirán en un cuerpo no «espiritual» como lo describe San Pablo, sino «carnal» una prolongación de la vida presente.⁸

Testimonios de San Ireneo de Lyon y de San Jerónimo

En su obra «contra los herejes», uno de los más importantes testimonios de la tradición católica en la edad patristica, hallamos una caracterización sumamente precisa de los errores del «ebionismo» y de la «gnosis»:

«Vanos son los de Valentín que dogmatizan excluyendo la salvación de la carne y desprecian lo que Dios ha creado. Vanos son también los ebionitas, que no aceptan la unión de Dios con el hombre, sino que perseveran en la vieja levadura. Rechazan la mezcla del vino celeste y no quieren ser sino agua secular. No aceptan que Dios venga a unirse a ellos, y perseveran con el Adán que cayó y fue desterrado del paraíso».⁹

San Ireneo atribuye al desprecio gnóstico a la obra creada por Dios, también su hostilidad a la resurrección y su desconocimiento de la economía del Reino. Es generalmente admitido que San Ireneo es un testimonio claro de la profesión en nombre de la fe ortodoxa de una com-

6. San Justino el Filósofo: *Diálogo con el judío Tryfón*, núm. 48 (M.G. 6, 581).

7. *Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 676.

8. San Agustín: *Enarraciones in Psalmos*, núm. 65.

9. San Ireneo de Lyon: *Contra haereses*, lib. V, c. 1º núms. 292-293 (M.G. 7, 1112-1223).

preensión de la dispensación del Reino que en siglos siguientes ha sido descrita con frecuencia como «milenario».

Es también absolutamente clara su clarividente conciencia del sentido de cerrazón en lo humano y desprecio de la gracia divinizante que era el fondo de la actitud espiritual del ebionismo judaizante.

En el siglo IV hallamos en San Jerónimo un adversario tenaz del milenarismo ebionita, y hay que reconocer que su autoridad contribuyó en gran parte a que se hiciera bastante general la idea de que la esperanza del Reino de Cristo en la Tierra era algo que contaminaba la fe cristiana con la visión terrena de los judíos que habían rechazado a Cristo.

Recordemos algunos textos del máximo escriturista de la edad patristica:

«No ignoro cuánta sea entre los hombres la diversidad de opiniones... si el Apocalipsis de San Juan lo tomamos literalmente nos será necesario judaizar... y si lo tomamos espiritualmente tendremos que contradecir la opinión de muchos de los antiguos... entre los griegos citaré solo a San Ireneo, obispo de Lyon.

»Contra el cual Dionisio de Alejandría escribió un libro en que ridiculiza la fábula de los mil años, la Jerusalén terrena de oro y piedras preciosas, la reinstauración del Templo, la sangre de las víctimas, el descanso del sábado, la circuncisión, las nupcias y las delicias de los banquetes, y la servidumbre de todas las naciones.

»Contra Dionisio escribió Apolinar, al que siguen no sólo los hombres de su secta —los «apolinaristas» que negaban la existencia de alma intelectual en Cristo— sino que en esto por lo menos le siguen muchos de los nuestros.

»No les envidio si aman tanto la tierra que en el Reino de Cristo desean las cosas terrenas... pero al decir esto no excluyo la verdad de los cuerpos resucitados incorruptos e inmortales».¹⁰

Al describir el sistema que combate Dionisio de Alejandría se ve muy claro que se trata de actitudes que suponen la restauración de la antigua alianza y a la vez un modo de entender la resurrección de la carne que mantiene el cuerpo resucitado la «carnalidad» que ahora le caracteriza. Probablemente se produjo una confusión de perspectivas porque no se hallan tales doctrinas en San Ireneo ni en los «muchos varones eclesiásticos y mártires que afirman estas cosas», según dice el propio San Jerónimo.¹¹

En definitiva, San Jerónimo tiene que vindicarse a sí mismo de no ser de los que niegan la resurrección. Y, de un modo muy parecido al de San Ireneo, describe así el enfrentamiento antitético entre los auténticos judaizantes y los enemigos gnósticos del Reino de Cristo:

«Hay que caminar por el camino recto y no inclinarse ni a la derecha ni a la izquierda, no seguir ni el error judío ni el error herético. Los que son de la carne sólo aman la carne, pero otros son ingratos a los beneficios de Dios y rechazan tener lo que tuvo Cristo en su nacimiento y en su resurrección» (12).

10. San Jerónimo: *Sobre el libro de Isaías*, 60, 1. (M.L. 24, 627).

11. San Jerónimo: *Sobre el libro de Jeremías*, 19, 2012 (M.L. 24, 802).

12. San Jerónimo: *ibidem* (M.L. 24, 238).

«El séptimo día, es decir, los años últimos, hará las veces de los sábados para los santos, que resucitarán a celebrarlo. Esta opinión sería de alguna manera admisible, si en aquel sábado se creyesen como futuras para los santos por la presencia del Señor algunas delicias espirituales. Yo mismo me adherí un tiempo a este sentir.

»Pero sus defensores dicen que los resucitados se gozarán en inmoderados banquetes carnales, en los que la comida y la bebida carecerán de moderación, y superarán en el modo a los incrédulos. Y esto no puede ser creído sino por los que son carnales. Los que son espirituales dan a éstos el nombre de *Chiliastai*, palabra griega que a la letra podemos traducir nosotros por "milenario". Sería muy largo refutarlos detenidamente...»

«Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18,8; Mt 24,12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21,12; Jn 15,19-20) desvelará el "misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa... la impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudomesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías.»

Catecismo de la Iglesia católica, núm. 675

¿Cómo ha de entenderse la esperanza de Israel en el cumplimiento de las antiguas profecías?

Quienes han estudiado documentadamente la cuestión del «milenarismo», tal como lo hicieron, según el testimonio dado en esta misma revista por el eminente teólogo Francisco de Paula Solá, S.I., el escriturista jesuita Juan Rovira y Ramón Orlandis, el fundador de Schola Cordis Iesu, han demostrado plenamente que el sistema escatológico expresado por San Justino y San Ireneo, totalmente heterogéneo con el milenarismo ebionita, no ha sido nunca considerado en el sentir común de los fieles ni en la doctrina común de los teólogos como algo no opinable y rechazable en la teología.

Tampoco ha sido nunca ni desautorizado ni prohibido en la enseñanza de las escuelas, a pesar de la generalización del sistema opuesto y de los equívocos que ya desde el siglo IV se formaron en torno la palabra *milenarismo* y a su complejo y confuso significado.¹³

13. El «milenarismo» acerca del cual hay un consentimiento universal de los creyentes en que es ajeno a la fe cristiana es el heredero del error judío y que se ha concretado en nuestro tiempo en los mesianismos terrenos.

En qué sentido se declaró de cierto sistema escatológico conocido como «milenarismo mitigado» que no podía ser enseñado guardando la seguridad de la doctrina, véase DS núm. 3839. El P. Ramón Orlandis comentó su alcance y significado en su artículo «¿Somos pesimistas?» (*Cristiandad*, núm. 73, I-IV- 1947, pp. 145-148).

El propio P. Orlandis, como su sobrino el P. Juan Rovira, y como el P. Enrique Ramière en su tiempo, no aceptaban ni asumían el término *milenarismo*, ciertamente equívoco y muy pocas veces precisado en su sentido. El P. Francisco de Paula Solá, S.I., lo utilizaba como significando la doctrina escatológica de Juan Rovira y Ramón Orlandis, que tenía por ortodoxa y verdadera (Véase *Cristiandad*, núms. 708-709, abril-junio de 1990, p. 5).

Personalmente, atendiendo a una consulta mía, me respondió decididamente: «Usted debe enseñar el milenarismo». Tengo la más absoluta certeza de que su consejo y orientación no se refería en modo alguno a nada heterodoxo o prohibido como disconforme al sentir de la Iglesia; aunque ciertamente se refería a algo poco conocido y muchas veces injustamente acusado.

Un autor que en los siglos modernos ejerció una influencia comparable a la de San Jerónimo en la edad patristica en contra de la posición llamada «milenarista» es el jesuita flamenco Cornelio a Lapide. En su comentario sobre Jeremías, después de expresar su posición favorable a la interpretación «alegórica» o «espiritual» de los textos proféticos sobre la restauración de Jerusalén y la gloria de Israel añade, en una actitud que renueva, aunque desde diversa perspectiva, la situación apologética de San Justino en su diálogo con el judío Tryfón:

«Si alguien quisiera satisfacer plenamente a un judío que pertinazmente le urja, conceda que todas estas cosas, tal como suenan a la letra, se han de entender sobre la Jerusalén de la tierra; y se puede satisfacer plenamente a los argumentos de los judíos por este método, a saber, si decimos que las Profecías y las Escrituras que prometen la reinstauración de Israel, la reedificación de Jerusalén, la redención y la salvación de los judíos, tomadas literalmente se cumplirán en el segundo advenimiento del Mesías, esto es de Cristo, Advenimiento que los judíos piensan será el primero, puesto que niegan que Cristo halla ya venido al mundo.

»Pues en esto está todo su error y disensión respecto de los cristianos: en que niegan el primer advenimiento de Cristo; y las Escrituras que hablan del segundo advenimiento de Cristo las exponen respecto del primero, y por esto niegan el primer advenimiento, y piensan que Cristo todavía no ha venido a la tierra».¹⁴

Aunque Cornelio a Lapide, a diferencia de San Justino, no profesa esta posición, que sugiere puede ser tomada apologéticamente en diálogo con los judíos, es evidente que su testimonio demuestra que no se puede excluir de la ortodoxia, cual si se tratase de una deformación terrena y mundana de las profecías, la esperanza de la futura conversión de Israel y todos los bienes que para Israel y

14. Cornelio a Lapide: *Comentario sobre Jeremías*, cap. 31. núms. 34-40.

para todas las naciones habrán de venir de esta conversión.

En todo caso, esta actitud de Cornelio a Lapide viene a confirmar precisamente lo que ya San Jerónimo había también reconocido:

«Hay algunos que las cosas que nosotros afirmamos que se han cumplido ya en parte, y que afirmamos que se cumplirán plenamente a partir del primer advenimiento y hasta la consumación del mundo, las reservan para un tiempo futuro, cuando después de haber entrado ya la plenitud de las gentes se salvará todo Israel. Esta sentencia no ha de ser en modo alguno reprobada siempre que se afirme que esto se cumplirá de modo espiritual y no de manera carnal».¹⁵

Los signos de los tiempos en el nuevo Catecismo

El error máximamente peligroso, el de confundir el advenimiento del reinado de Cristo al mundo con un progreso humano apoyado en las fuerzas del hombre, y que muchas veces se confunde precisamente con la desintegración del orden natural y cristiano del mundo —Pío XII advertía que los hombres de nuestro tiempo han hablado de progreso cuando retrocedían— es removido explícitamente en el texto del nuevo Catecismo:

«Antes del Advenimiento de Cristo la Iglesia habrá de pasar una prueba que sacudirá la fe de muchos creyentes (Lc 18,8; Mt 24,12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra desvelará el misterio de iniquidad, bajo la forma de una impostura religiosa que aportará a los hombres la solución aparente de nuestros problemas al precio de la apostasía de la verdad; la impostura religiosa suprema es la del Anticristo,

es decir, la de un seudomesanismo, en la cual el hombre se glorifica a sí mismo en lugar de glorificar al Mesías venido en carne».¹⁶

El texto del Catecismo reitera con la máxima oportunidad para nuestro tiempo aquellos testimonios tradicionales a que aludíamos. El espíritu del Anticristo, adoración del hombre por el hombre, enfrentado a todo lo que reciba culto o tome un nombre divino desde títulos trascendentes al hombre mismo —es decir, hostil a la adoración del Dios verdadero y al culto idolátrico que cualquier orden de cosas se someta a algo que se proponga el hombre como a lo que debe someterse y respetar— es la culminación del misterio de la hostilidad a toda norma, de la ilegalidad o anarquía.

Pero, la característica decisiva de nuestro tiempo como anticristiano es el de proyectar atributos mesiánicos sobre las dimensiones de la autoadoración de la humanidad en que se ejercita el enfrentamiento a cualquier cosa reconocida como divino.

De aquí que el Catecismo, atento a estas deformaciones satánicas de la conciencia cristiana que, como decía Pío XII, califican como progreso al retroceso y nada encuentran más «cristiano» que la rebeldía contra cualquier título de autoridad trascendente al hombre, sigue dando criterio de discernimiento para advertir «los signos de los tiempos»:

«El Reino no se realizará en un triunfo histórico de la Iglesia por medio de un progreso ascendente, sino con una victoria de Dios sobre el desencadenamiento último del mal, que hará descender del Cielo a su Esposo. El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma del Juicio Final...».¹⁷

15. San Jerónimo: *Sobre el libro de Isaías*, cap. 1º (M.L. 24, 487-589).

16. *Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 675.

17. *Catecismo de la Iglesia católica*, núm. 677.

PROHIBICIÓN DEL MILENARISMO MITIGADO

«En estos últimos tiempos se ha preguntado más de una vez a esta Suprema Congregación el Santo Oficio qué haya de sentirse acerca del sistema del milenarismo mitigado, a saber, del que enseña que Cristo Señor, antes del juicio final —previa o no previa una resurrección de muchos justos— ha de venir visiblemente a la tierra para reinar.

»RESPUESTA: El sistema del milenarismo, aun mitigado, no puede ser enseñado guardando la seguridad de la doctrina.»

Decreto de 21 de junio de 1944. Cf. DS, 3839.

«... el Reino no se realizará mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13,8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios... que hará descender desde el cielo a su esposa (cf. Ap 21,2-4) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 Pe 3,12-13).»

Catecismo de la Iglesia católica, núm. 677

El tiempo último del divino juicio

En el nuevo Catecismo se nos da pues, como una llamada de atención para la comprensión de los signos de los tiempos. Las esperanzas de la Iglesia, tantas veces reiteradas en el magisterio pontificio, de un tiempo en que «se hará un solo rebaño y un solo pastor», y en que «todos los hombres adorarán a Dios con una sola voz y hombro con hombro» y en que «las espadas serán transformadas en arados y las lanzas en podaderas», no pueden realizarse desde el progreso humano, ni pueden tampoco esperarse con anterioridad a la conversión del pueblo judío, anunciada por los Profetas y el Apóstol Pablo, y recordada en el Concilio Vaticano II.

Pero esta conversión se relaciona en el plan de Dios con la manifestación del Advenimiento del Señor con gloria, viniendo a juzgar al mundo. El hundimiento del reino del Anticristo no se da sino en este momento misterioso cuya «cronología» reservó el Señor como algo puesto en la potestad del Padre celeste, pero que a los cristianos nos toca esperar vigilantes, no sea que nos sorprenda como ladrón.

Mi maestro el P. Orlandis citaba con insistencia unas palabras del gran comentarista bíblico Knabenbauer sobre el Profeta Daniel:

«Entonces, derribado el imperio del Anticristo, la Iglesia reinará en todas las partes de la tierra, y se hará, tanto de los judíos como de los gentiles, un solo rebaño y un solo pastor».

No cabe, pues, esperar el cumplimiento de la plenitud de la Iglesia, en el sentido de la difusión universal de la fe, y la obtención de los frutos del Reino de Cristo, sino en relación con aquel tiempo misterioso en que el Señor «de nuevo vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y su Reino no tendrá fin».

En el contexto de la reducción de la escatología a

aquellas cuatro verdades aprendidas en nuestro Catecismo: la muerte, el juicio, el infierno y la gloria, nos quedamos perplejos y nos inclinaríamos, como ha ocurrido algunas veces, a considerar puramente metafóricas todas las expresiones bíblicas referentes a los bienes mesiánicos, a la unidad entre los judíos y las naciones, y a la paz traída al mundo por Cristo.

No sabemos nada obviamente del cómo y cuándo del tiempo del juicio. Solemos pensar en el «particular», en el instante de la muerte de cada uno de nosotros, y en el «universal» como la cesación del tiempo de la Iglesia, y no su «acabamiento», «culminación», o «consumación». San Agustín en su tiempo, y en su gran obra sobre la reflexión teológica acerca de la providencia de Dios en la historia humana escribió:

«La Iglesia Universal del Dios verdadero confiesa y profesa que Cristo ha de venir del Cielo a juzgar a los vivos y a los muertos, y a esto le llamamos nosotros el último día, del divino juicio, esto es, el tiempo último.

»Pues, por cuántos días se extiende este juicio nos es incierto: las Escrituras Santas suelen utilizar el término día significando tiempo, como no ignora el que haya leído aunque sea ligeramente aquellas Letras Santas. Así pues, cuando decimos día del juicio de Dios también añadimos último, con lo que indicamos que ya ahora juzga y desde el principio del tiempo juzgó».¹⁸

De este tiempo último, o de aquellos «últimos tiempos», como se complacía en llamarlos San Luis María Grignon de Monfort, han escrito y predicado muchas cosas, ortodoxas y sanas, muchos predicadores y doctores. Pero muy poco, sin duda por disposición providencial, ha pasado a ser contenido de la iniciación catequética a la fe.

Pero permanece el misterio de las afirmaciones de esperanza para el mundo entero, en «la Paz de Cristo en el Reino de Cristo», y del llamamiento a la «instauración en Cristo de todas las cosas».

En la iluminación de la esperanza de los cristianos en los designios divinos a realizar en «los últimos tiempos», en «el día del último juicio del Señor», que parece iniciarse en una etapa nueva con la promulgación del Catecismo, hallamos el cumplimiento de lo que nos enseñó el Apóstol Pablo: «Todo lo que se ha escrito se ha escrito para nuestra enseñanza, a fin de que por la paciencia y el consuelo de las Escrituras, tengamos esperanza».

Este aliento y orientación a nuestra esperanza es la que cada año nos trae la liturgia del Adviento. Del tiempo litúrgico referido al recuerdo de la expectación de la primera venida, y al despertar de nuestra esperanza en el advenimiento glorioso del Rey a la tierra.

Francisco Canals Vidal

18. San Agustín: *De Civitate Dei*, libro XX, cap. I, núm. 2.

EN EL MES DE LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

LA SALVACIÓN DEL MUNDO POR MARÍA

Y alimentamos una esperanza ciertísima y la mayor confianza de que esta misma Virgen, toda hermosa e Inmaculada que pisó la cabeza venenosa de la cruel serpiente, y trajo la salud al mundo anunciada por los profetas y Apóstoles; y honor de los Mártires y alegría y corona de todos los Santos, refugio seguro y ciertísimo auxiliar de cuantos se hallan en peligro, poderosa mediadora y conciliadora de todo el orbe acerca de su Unigénito Hijo, y decoro, ornamento clarísimo y firme apoyo de la Santa Iglesia, destruyó siempre todas las herejías y libró a los pueblos y naciones fieles de las mayores calamidades salvándonos a Nos mismo de riesgos inminentes, se digne prestar su eficaz patrocinio para que la Santa Iglesia católica,



removidas todas las dificultades y desbaratados todos los errores, se robustezca más y más cada día en todas las naciones y lugares, y florezca y reine del uno al otro mar y desde el principio hasta los confines del orbe y se goce de completa paz, tranquilidad y libertad para que los reos obtengan el perdón, los enfermos medicina, los pobres de espíritu fuerza, los afligidos consuelo, los que peligran socorro y para que todos los que yerran, apartada la ofuscación de la mente, vuelvan al sendero de la verdad y la justicia, y sea uno solo el redil, uno solo el pastor.

(De la Bula *Ineffabilis Deus*, de S.S. Pío IX, 8 de diciembre de 1854)

A LOS SETENTA AÑOS DE LA FIESTA DE CRISTO REY

«VEN, SEÑOR JESÚS»

José M^a Petit Sullá

La institución de la fiesta

Al final del año jubilar de 1925, el 11 de diciembre, su santidad Pío XI dio a conocer su encíclica *Quas Primas*, por la que instituía, para toda la Iglesia católica, la fiesta litúrgica de Cristo Rey. «Está por fin presente el día, por todos sumamente deseado —decía el Papa—, en que proclamemos que Cristo Rey del género humano, debe ser honrado con una fiesta propia y especial» (*QP* núm. 15). Evidentemente no se trataba de dar a Cristo un título nuevo, sino de reconocer la conveniencia de honrar su realeza con una fiesta propia y específica. Dicha fiesta se celebraría anualmente el último domingo de octubre, de proximidad inmediata con la fiesta de la máxima exaltación de la Iglesia, la comunión triunfante de los redimidos por Cristo, la fiesta de Todos los Santos; pero se eligió este día, sobre todo, por estar hacia el final del año litúrgico, «pues así los misterios de la vida de Jesucristo conmemorados antes durante el año, como que se acaban y coronan con las sagradas solemnidades de Cristo Rey» (*QP*, núm. 17). La realeza de Cristo es, en este aspecto, como el culmen y el resumen de todas las otras fiestas de nuestro Redentor. Posteriormente, después de la última reforma litúrgica y obedeciendo a este espíritu, se ubicó exactamente en el último domingo del año litúrgico, para patentizar del todo su carácter de consumación del ciclo de fiestas de Nuestro Señor.

Pero dicha celebración, aunque formalmente nace con esta encíclica, no aparece de repente. Su precedente remoto es la fiesta del Corpus Christi —surgida en la plenitud de la Edad Media—, en la que, con gran pompa, se invita a los fieles a adorar públicamente a la Majestad del Señor. De manera más próxima, surge a partir de dos movimientos de la mayor importancia y popularidad: los numerosos Congresos Eucarísticos en los que, con actos doctrinales y de culto —principalmente públicas procesiones— se hacía patente la adoración de Jesús como Rey, aunque oculto en los velos eucarísticos y, de modo muy especial, por las consagraciones al Corazón de Jesús —de familias, de ciudades, de reinos— en las que explícita y voluntariamente se sometían las comunidades humanas al suave dominio de Cristo como Rey y Señor.

Anhelo de paz

Pero si pensamos en la aparición de la fiesta desde el punto de vista de su providencial oportunidad, dicha proclamación se origina desde el anhelo —tantas veces frustrado— de paz para toda la humanidad. La fiesta de Cristo Rey había de ser, sobre todo, la conmemoración del bien social más grande que la humanidad necesita, la paz, que habrá de venir por la acción del que es aclamado, en su venida, como Príncipe de la Paz, según el vaticinio del profeta Isaías.

En efecto, el tema de la paz había sido el motivo de la primera encíclica del Papa, la *Ubi Arcano*, que apareció al final del año 1922. Precisamente las palabras *Quas primas* con que se inicia el documento de 1925 —y que dan nombre a la Encíclica—, se refieren a aquella «primera» encíclica. La intrínseca relación entre ambas temáticas, la paz y la realeza de Cristo, la expresaba Pío XI con las palabras iniciales de la encíclica que ahora conmemoramos:

«Recordamos que, en la primera Carta Encíclica que escribimos a los obispos después del comienzo del Pontificado, dimos claramente a entender, al investigar las profundísimas causas de las calamidades que veíamos oprimir y atormentar al linaje humano, no solamente que se había precipitado sobre el orbe de la tierra tal aluvión de males porque la mayoría de los hombres había eliminado a Jesucristo y a su santísima ley de su mutuo trato y vida, de la vida familiar y del Estado; sino también que jamás brillaría entre los pueblos esperanza cierta de duradera paz, mientras los individuos y las sociedades negasen y rehusasen el imperio de nuestro Salvador» (*QP*, núm. 1). Las palabras de Pío XI no podían ser más claras: sin el suave dominio del Redentor no habrá paz en la tierra; la paz no es una conquista humana, sino un don celestial; un fruto intrínseco del imperio sobre los individuos y las sociedades del Mesías Redentor.

La fiesta se instituye contra el laicismo

La proclamación explícita de este atributo cristológico, el de su Realeza —que Cristo es Rey de todo el mundo—, concretada en la conmemoración litúrgica especí-

fica de este gran misterio, se proponía en un momento determinado de la historia de la humanidad, precisamente en el de la apostasía pública de las naciones. La coincidencia cronológica entre ambas —la apostasía de la humanidad y la proclamación de la realeza de Cristo— era ni más ni menos la que hay entre un gravísimo mal y su eficaz remedio. La proclamación de la dignidad y misión salvífica del Señor, su realeza, venía tanto a poner de relieve el gravísimo mal de una civili-

zación —que, siendo antes cristiana, renegaba en los tiempos recientes de su origen— como a resarcir al Señor del inmenso oprobio que esta apostasía manifestaba. Por eso decía Pío XI: «¿No es verdad que, para delatar y resarcir en alguna manera una pública apostasía tal cual engendró el laicismo con tanto perjuicio de la sociedad, parece sumamente útil la celebración universal y anual de la solemnidad de Cristo Rey?» (*QP*, núm. 13). El laicismo, he aquí la causa in-

HAY QUE VOLVER AL CAMINO

En estos últimos tiempos se ha procurado con todo empeño que mediase como un muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En la constitución y gobierno de los pueblos se tiene en nada la autoridad del derecho sagrado y divino, con el intento de que la religión no influya lo más mínimo en el modo de ser de la vida ordinaria. Lo cual casi equivale a hacer desaparecer la fe de Cristo, y a desterrar de la tierra, si se pudiese, al mismo Dios. Ensoberbecidos los espíritus con tan gran pedantería, ¿qué de maravillar es que la mayor parte del género humano haya caído en tanta anarquía y sea juguete de tales olas que a todos hacen temblar y peligrar? Menospreciada la religión, es necesario que se derrumben las firmísimas columnas de la pública incolumidad. Ahora bien, al ir Dios a tomar el justo y merecido castigo de sus encarnizados enemigos, los ha entregado a sus propios caprichos para que sean esclavos de sus pasiones y se consuman con su desmedido libertinaje.

De ahí la violencia de los males que hace tiempo están como de asiento entre

nosotros y que reclaman vigorosamente que busquemos la ayuda del único con cuya virtud podemos lanzarlos lejos de nosotros. Y ¿quién puede ser ése, fuera de Jesucristo Unigénito de Dios? *Pues ningún otro nombre se ha dado a los hombres bajo el cielo en el que nos hayamos de salvar* (Act 4,12). Hay que recurrir, pues, al que es *camino, verdad y vida*. Nos hemos desviado: hay que volver al camino; se han oscurecido las inteligencias: hay que despejar su oscuridad con la luz de la verdad; se ha enseñoreado la muerte de nosotros: hay que apoderarse de la vida. Entonces finalmente se podrán sanar tantas heridas, entonces todo derecho esperará volver a recobrar la antigua autoridad, y brillará de nuevo el esplendor de la paz y caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten gustosos el imperio de Cristo y le obedezcan, y *confiese toda lengua que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (Phil 2,11).

mediata de la apostasía de las naciones y que tanto perjuicio causa a la sociedad.

En efecto, el principio generador de esta apostasía, no parecía manifestar la maldad que bajo él anidaba, pues no tenía nombre de barbarie, ni de esclavitud, ni de calamidad alguna. Es eso «que llaman» —dice Pío XI— con el nombre de «laicismo». Es claro que etimológicamente laico significa meramente aquello que no es sagrado. Pero el «laicismo», que no venía a distinguir lo laico de lo sagrado sino a negar esto último en el ámbito social, era la doctrina que resumía toda la mentalidad de la política inspirada en las filosofías ateas del siglo xvii. Bajo este nombre se mostraba de hecho —y de derecho para quien supiese leer los contenidos de este principio— «la peste de nuestros tiempos», con «sus errores y malvadas tendencias», en palabras tremendas pero exactas del Pontífice (*QP*, núm. 12). El laicismo, aún el mitigado, engendró la pública apostasía, como un principio engendra sus conclusiones, como una causa produce sus efectos, mostrándose, en la extensión y profundidad del mal que provoca, como una epidemia mortal, como una peste. El carácter gradual de este principio —más parece una serpiente que un dragón— forma parte intrínseca de su aparición en la sociedad.

Hemos de reiterar aquí los pasos esenciales de la laicización de la sociedad, es decir, de su absoluta independencia respecto a su Creador y Redentor o, lo que es lo mismo, su radical separación de la Iglesia, condenada por Pío IX, León XIII y Pío X. Después de haberlo llamado «peste de nuestros tiempos», lo llama también, por el carácter de muerte que comporta, «crimen», y advierte de su gradual aparición entre naciones cristianas. Pero este «crimen» —decía Pío XI a los obispos— «sabéis que no maduró en un solo día». He aquí sus pasos: primero se negó el derecho de la Iglesia a regir el género humano, mediante enseñanzas y leyes, en orden a la salvación eterna de los hombres. Después se equiparó la Iglesia de Cristo a cualquier falsa religión. A continuación se la sometió al poder civil, dejándola al capricho de los que tenían dicho poder. Se la sustituyó por cierta pretendida «religión natural» que no ocultaban su expresa impiedad y el desprecio de Cristo.

Se había pasado de negar su preeminencia a rechazar su existencia, en nombre de un mismo principio. La forma como apareció el laicismo manifestó su oscuro origen. Conviene recalcar muchísimo, a este respecto, una verdad histórica incontestable: el laicismo es un fenómeno socio-religioso que se ha dado solamente en el seno de las sociedades cristianas. Nunca anteriormente, en el paganismo, se había dado la total separación —y consiguiente expulsión— de lo religioso en la vida social. La índole misma del concepto de autoridad, y el respeto que ella necesita para ejercerse, así como el carácter sacral

de los acontecimientos fundamentales de la vida humana —nacimiento, matrimonio, defunción— sin olvidar la presencia de lo divino en el proceso de educación para formar hombres virtuosos y, en general, la religión como fundamento de la moral, no habían sido nunca discutidas en ninguna filosofía. No yerra en nada la encíclica al exponer el laicismo en el contexto de las sociedades cristianas.

Los efectos del laicismo en la actualidad: guerras y desórdenes sociales

La encíclica *Quas Primas* señalaba la falta de paz exterior y la falta de orden interior. Las leyes emanadas de los Parlamentos laicos no pueden resolver la convivencia humana, al poner el egoísmo y su réplica social, la lucha por el poder político, como únicos factores de convivencia y desarrollo. A su vez, las enseñanzas laicas, a todos los niveles, no pueden preparar al hombre para vivir siquiera una vida honesta que sea verdaderamente humana. Las consecuencias son inevitables: la guerra, a todos los niveles, y el desorden interno de las sociedades en todos los ámbitos.

Lo que el Papa Pío XI advertía en 1925 se volvió triste realidad. La falta de principios que garantizaran la paz mundial, se manifestó trágicamente certera, primero con la guerra de España —y su cruentísima persecución religiosa— y después con la próxima guerra verdaderamente mundial (1939-1945) que no tardaría en estallar, justo después de la muerte de tan preclaro Pontífice. Como una consecuencia de aquella, las revoluciones internas de signo comunista se multiplicaron después de tan terrible contienda, oprimiendo a pueblos de Europa y Asia como nunca antes lo habían conocido. El fracaso de la Sociedad de Naciones, intento puramente laico de resolver las diferencias nacionales mostró, en su cruda realidad, la desproporción entre los males y los falsos remedios.

En años más recientes, ha sido la organización mundial, pero igualmente estéril, de las Naciones Unidas quien ha puesto de relieve la misma sustancial incapacidad. Incontables guerras en Asia, en África y aún, recientemente, en Europa muestran sangrientamente que la paz no llega a la humanidad de la mano de principios puramente pragmáticos. En realidad, el estado actual de la humanidad es de guerra perenne, sin distinción clara entre paz y guerra en múltiples países, si a las guerras clásicas sumamos las guerras de guerrillas —especialmente fuertes en las tierras de la América hispana y en el África negra—, y las guerras del fanatismo religioso musulmán, tanto en la India y Pakistán, como en Filipinas, y, muy en particular, el norte de África de manera creciente.

El terrorismo, como arma de la guerra interna, se ha vuelto planetario —y en España lo sufrimos de modo muy especial— y es un nuevo tipo de enfrentamiento armado que causa el terror en cualquier parte del mundo, por incólume que se crea, a causa de la estrategia en que consiste este tipo de violencia. ¿No es esta sangrienta violencia la más trágica y por desgracia constante prueba de la falta de orden verdadero? En vano se tratan estas cuestiones en los foros internacionales de seguridad y cooperación. El creciente auge de los nacionalismos —que fueron causa determinante de la segunda guerra mundial—, como expresión social y pública del egoísmo, es hoy causa directa de nuevas y odiosas guerras fratricidas en todos los países, desde los más tribales hasta los más civilizados.

Mientras el Estado gasta ingente dinero en «proteger» a los individuos —multiplicación de toda clase de policías—, el hombre está de hecho indefenso ante todas las distorsiones sociales. Se da una creciente multiplicación de delitos —secuestros, crímenes, y toda clase de violencias—, que manifiestan, frente a las aireadas teorías filantrópicas meramente humanas —sin religión—, que el hombre no se siente hermano del hombre. Sin Dios, no hay fundamento para afirmar las reglas de convivencia, cuando ésta implica sacrificio personal.

El problema del hambre, ni tan extendido ni bien conocido en 1925, ha aumentado en los últimos decenios para vergüenza de la humanidad que se cree desarrollada y próspera. Se habla de ello a menudo, pero recibe un planteamiento erróneo. El hambre no es un mal con un origen inmediato único, la falta de recursos, sino que sus múltiples causas son consecuencias de la falta de paz social. Las guerras generan necesariamente mucho hambre, al desviar los recursos económicos hacia lo que políticamente se ha propuesto como prioritario. A su vez, la falta de paz social y política provoca el desplazamiento de las posibilidades humanas fuera de los canales de solución de los problemas de la alimentación y de la sanidad. Ni faltan propiamente recursos naturales, ni sobran poblaciones consumidoras. Sólo falta paz social y caridad cristiana. En la medida en que se requiere el concurso internacional, la llamada solidaridad, sin un fundamento trascendente que obligue en conciencia, no puede mover a un altruismo verdaderamente eficaz.

Los graves males internos de la sociedad

Pero la falta absoluta de paz no es ni con mucho el único mal de nuestra sociedad. Hay males todavía más internos y espirituales que amenazan a la humanidad más que el hambre y la guerra, porque la minan desde su misma constitución como comunidad humana. Las leyes

emanadas de Parlamentos sin Dios, que son descristianizadoras, vienen a ser también forzosamente deshumanizadoras de la sociedad. En nada ayudan, antes al contrario —como puso de relieve el Papa actual hablando del aborto— los medios de comunicación y, sobre todo, de «conformación» de la opinión llamada pública. Ellos hacen moralmente imposible la discrepancia respecto a los mitos del progreso antropocéntrico, antiteísta y egoísta, hasta el punto de que si no hay más presión —más todavía— descristianizadora, por parte del Estado, ello obedece, en buena medida, a que dichos poderosos medios realizan ya la misma funesta función pública de descristianización.

Como consecuencia del laicismo, la educación pública es positivamente atea y materialista pues, como el Estado no puede ser católico —por exigencias de la constitución laica—, la enseñanza pública viene a ser forzosamente anticristiana y nadie puede protestar por ello, por que —se argumenta— no se está en un Estado confesional. Los recursos públicos no pueden ir nunca a la enseñanza de la religión, aunque sean católicos los que los pagan. Es el ejemplo más patente de la mentira esencial del liberalismo, al no dar igualdad de oportunidades a la verdad y al error.

Aunque la ética sin Dios pretende sustituir la moral cristiana y su discurso ocupa hoy a los ideólogos del ateísmo, la lista de los males que corrompen por dentro la sociedad no es difícil de recordar. Permítasenos hacer una agrupación temática en tres gravísimos males sociales bien patentes.

1. Implantación antinatural de la disolución del matrimonio mediante leyes divorcistas. Para conseguirlo se ha usado el poder del Estado —y sus enormes recursos publicitarios, como en el reciente caso de Irlanda—, sin faltar la mentira política, reiteradamente sostenida a nivel sociológico con falsas estadísticas, falsos análisis psicológicos, así como la desvirtuación sobre el bien verdadero de la familia y desprecio total de la parte débil, la mujer, y en especial de los hijos. Leyes que impiden, incluso, la misma posibilidad de matrimonios indisolubles. El divorcio hace imposible el matrimonio, en todos los casos, pues nadie puede casarse indisolublemente ante la ley. Es el ejemplo más evidente de que el laicismo —que se presenta como liberal— es opresor. El mal social que implica el divorcio no ha sido suficientemente advertido por los católicos. Comparado con el aborto, se muestra menos malvado, pero su disolución social es más eficaz y, a la postre, es el gran promotor del aborto.

Legalización de las uniones de hecho, fuera de todo vínculo y compromiso aún meramente civil, extensivas a los homosexuales, borrada la diferencia más elemental de los sexos, mientras se hace propaganda de la

DULCE Y CIERTA PROFECÍA DEL DIVINO CORAZÓN

Mas, Venerables Hermanos, demasiados todavía se presentan a Nós, que miramos en derredor Nuestro desde esta como atalaya y fortaleza de la Sede Apostólica, los cuales, o totalmente desconocedores de Cristo o no mantenedores de su íntegra y genuina doctrina o prescrita unidad, no son aún de este redil, al que, sin embargo, divinamente están destinados. Por lo cual el que hace las veces del Pastor eterno, encendido de los mismos deseos, no puede menos de servirse de las mismas frases, brevísimas por

cierto pero llenas de amor y de ternura en extremo condescendiente: *También es mester que recoja aquellas* (ovejas) (Io, 10,16); y asimismo recibir con toda alegría aquel vaticinio del mismo Cristo: *Y oirán mi voz y se formará un solo rebaño y un solo Pastor* (ibid.). Y haga Dios que veamos cuanto antes faustísimamente realizada la dulcísima y cierta profecía del divino Corazón.

Pío XI: *Ubi Arcano*

transexualidad(!), como «opción» libre. La legislación puramente política tiene que ceder cada vez más a lo que llaman la «presión social», donde rivalizan los partidos para ofrecer posibilidades cada vez más antinaturales. ¿Sabe alguien cuál es el límite a este desorden «legalizado»? Un ejemplo reciente lo tenemos en las campañas de prevención de esta enfermedad contemporánea —de origen tan conocido como silenciado— que recibe el nombre de sida. Los medios propuestos para la prevención de la transmisión de esta moderna plaga se convierten de hecho en incitaciones a negar la moral sexual católica, dando por lícitas —y normales— las relaciones extramatrimoniales. Se produce un enorme silencio sobre el fracaso de estas campañas que, de hecho, promueven el mismo mal que dicen querer prevenir.

2. Legalización del aborto, primero pretendidamente justificado —hipócritamente— en el bien de la mujer, su protección y su salud, y, después con más descaro, en el «derecho» de la misma, como si el embrión fuese una parte del cuerpo de la mujer. Aborto frecuente y trivializado, hasta ser un simple método anticonceptivo, con total desprecio del mandamiento «no matarás» y que será pronto obligatorio —y no sólo gratuito— en los casos en que se detecten enfermedades incurables en el feto. Programas mundiales de prevención de la llamada «explosión demográfica», a quien se la acusa de ser la causante del hambre y el subdesarrollo, y que son la «justificación» planetaria del aborto y la anticoncepción, sin descartar las campañas denigrantes de esterilización de seres humanos. Sólo las naciones confesionalmente religiosas —musulmanas principalmente— se oponen a estos planteamientos.

Paulatina, pero creciente, propaganda para la despenalización de la eutanasia, basada primero en fines «humanitarios», pero que, de hecho, encubre una dosis tremenda de egoísmo y que, dar por supuesto la inexistencia de la vida ultraterrena y el sinsentido del dolor y de la misma efímera vida humana. Además, invita a su frecuente realización, haciendo propaganda eficaz del suicidio. Dentro de poco, la eutanasia estará «justificada» en la necesidad derivada de la falta de recursos económicos. La eutanasia puede llegar a ser la práctica habitual de la «sanidad» pública, mientras es ya un hecho la discriminación entre los enfermos de los hospitales en todas partes. Una vida humana es valorada por su mayor o menor «calidad» de vida. Juan Pablo II ha calificado todo este conjunto de actitudes y programas como la «cultura de la muerte».

3. Estrepitoso fracaso de la educación de la juventud al carecer de modelo educativo, al negarse a aceptar que Cristo es el modelo de hombre perfecto para todo hombre que viene al mundo. De este modo no se puede poner ningún ideal superior ni un freno al hedonismo, antes al contrario, la totalidad de los diferentes planteamientos sociales, sean de uno u otro signo político —el socialista o el liberal— hacen del fomento del «poseer» su único programa. La noción misma de educación, que tiene por fin natural el formar hombres virtuosos, es pensado únicamente como «enseñanza», como si la educación no hubiese de penetrar en lo íntimo del hombre y hacerlo a él más perfecto y libre. Esta enseñanza acaba a la postre en ser técnicas de enseñanza sin fines propios ni medios adecuados. De ahí que mientras, por un lado, se propaga el confort material, los hombres se degradan crecientemente a nivel personal.

Como consecuencia inmediata, se da una nula eficacia en la supuesta «lucha» contra la droga —de la que tanto se habla, mientras aumenta, de hecho, su difusión— al carecer los individuos de ideales trascendentes verdaderamente proporcionados a su ser de imágenes de Dios. La droga es la «salida» de un mundo deliberadamente cerrado sobre la finitud. Entre los responsables políticos se dan perennes contradicciones en la discusión sobre la permisividad, sea de las mismas drogas sea de otras plagas sociales. La desaparición privada y pública de la honradez, hacen que la fidelidad y generosidad hayan dejado de ser virtudes humanas. Como acompañamiento de todo ello, los medios de comunicación hacen de la divulgación de los vicios, contrarios a aquellas virtudes humanas, un creciente alarde que apenas llegan a condenar y se convierten de hecho en fascinación para los hombres «normales» que llegan a confundir normalidad —que viene de «norma»— con vulgaridad. Tal como preconizó Nietzsche —y ello se enseña con gran entusiasmo en las escuelas y universidades— todo hombre está invitado, digamos incluso incitado, a ser «superhombre», esto es, a abandonar la moral de los esclavos, la moral de los cristianos.

La esperanza fundamental para nuestros días

Con más o menos matizaciones —siempre hay «entendidos», en doctrina y en historia, que consideran que se exagera en la enumeración de los males—, se concede en general que el panorama social y político es sombrío. Pero para un católico tal diagnóstico, que no oculta para nada la gravedad del mal, viene de la mano de la misma luz que ilumina su solución. La presentación del cuadro que hemos llamado sombrío —es la oscuridad que nos trajo el «siglo de las luces»— no provoca en un cristiano ningún pesimismo, en el sentido propio de este término, en el sentido de desaliento, pues la presentación del mal prueba ella misma el tipo de origen de su solución. El mal humano es de raíz, como lo señalaron los grandes Pontífices de la Iglesia en los últimos tiempos y, de consiguiente, su curación ha de ser del mismo tenor. La raíz del mal es el laicismo, de forma que no puede plantearse siquiera la solución de los problemas humanos sin rectificar este camino, mal andado, bajo tan funesto principio. La constatación de este mal da actualidad a la fiesta de Cristo Rey. La Santa Madre Iglesia nos propone hoy el mismo ideal que hace setenta años, al proclamar la festividad de Cristo Rey del Universo, es decir, de todo cuanto existe en el mundo. Nada es extraño a su enseñanza, nada puede hacerse de bueno fuera de Él. «La anual solemnidad de Cristo Rey, que en adelante se ha de celebrar —decía Pío XI—, Nos da muy buenas esperan-

zas de que la humana sociedad se apresurará a volver felizmente al amantísimo Salvador. Fuera, por cierto, incumbencia de los católicos preparar y apresurar esta vuelta con su actividad y trabajo» (*QP*, núm. 12).

Pero la realeza de Cristo no es sólo una verdad dogmática, es también una verdad histórica. Es inseparable la realidad de Cristo —Dios encarnado— y la proclamación de su misión salvífica. Los textos del Antiguo Testamento —en lo que tienen de proféticos— anuncian no sólo que el Mesías es Rey sino que reinará de hecho. La venida del Señor no queda circunscrita al nacimiento de Belén que estamos celebrando. Los textos de la sagrada Escritura —también con gran fuerza en el Nuevo Testamento— y las oraciones oficiales de la Iglesia hablan de su venida como el triunfo de la misericordia de Dios hacia la humanidad que no ha abandonado. A nosotros se nos pide rogar por esta venida gloriosa, se nos pide anhelarla con la máxima intensidad posible, conscientes de la desproporción entre los males de la sociedad y las posibilidades meramente humanas de su curación. Los cristianos no esperamos de la venida del Salvador menos de lo que las profecías anunciaron y mucho menos en estos tiempos, en que sentimos internamente la necesidad de tales medios absolutamente sobrenaturales. Esto es lo que el P. Ramón Orlandis, S.I., en esta misma revista que había inspirado y cuidado llamó «actualidad psicológica» de la fiesta de Cristo Rey.

A la luz de esta fiesta de la realeza de Cristo, sentimos de nuevo la necesidad de tener presente la consagración del género humano al Corazón de Jesús que al final del siglo realizó León XIII y pensamos, también, en la Consagración que hizo Pío XII al Corazón Inmaculado de María. A la voz del Papa actual, los obispos de todo el mundo han reiterado esta consagración en la que han incluido de modo especial a los países dominados por tanto tiempo por el comunismo. Es esta línea la única que parte de la verdad esencial, «sin Mí nada podéis hacer». La meditación multiforme y nunca acabada de esta verdad enmarca de modo esencial la fiesta de Cristo Rey. Las fiestas litúrgicas se proponen, sobre todo, para movernos a la oración en la misma dirección y con la misma intensidad y confianza que las oraciones litúrgicas de la Iglesia enseñan. El documento de Pío XI no fue tan grande por su doctrina —con ser enorme— como por el hecho de la institución de la fiesta.

En la Iglesia lo más importante, y lo más eficaz, es la oración. Pero la oración —que a algunos les parece poco, siendo lo más importante— no surge sincera si no nace del convencimiento de la imposibilidad humana de salvación como de la esperanza cierta del plan del Señor sobre la humanidad. Necesitamos el diagnóstico certero de la situación real de la humanidad y la inmovible certeza de la promesa de Dios. «Ven, Señor Jesús».

«SIGNO DE CONTRADICCIÓN»

En marzo de 1976 el entonces arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyla fue llamado por Paulo VI para predicar los Ejercicios Espirituales en el Vaticano. Posteriormente las meditaciones fueron publicadas en forma de libro (en España, por la BAC), con el título de Signo de contradicción. Según el cardenal Wyszynski, las palabras del cardenal Wojtyla son una llamada a un mundo cansado y sin salida ante «un nuevo Adviento de la Iglesia y de la humanidad, lo cual significa tiempo de grandes pruebas pero también de grande esperanza». Los textos que siguen son dos fragmentos de la obra.

Escatología y «sacrum»

Iam fines saeculorum ad nos devenerunt: «Ha llegado a nosotros el fin de los tiempos» (1 Cor 10,11).

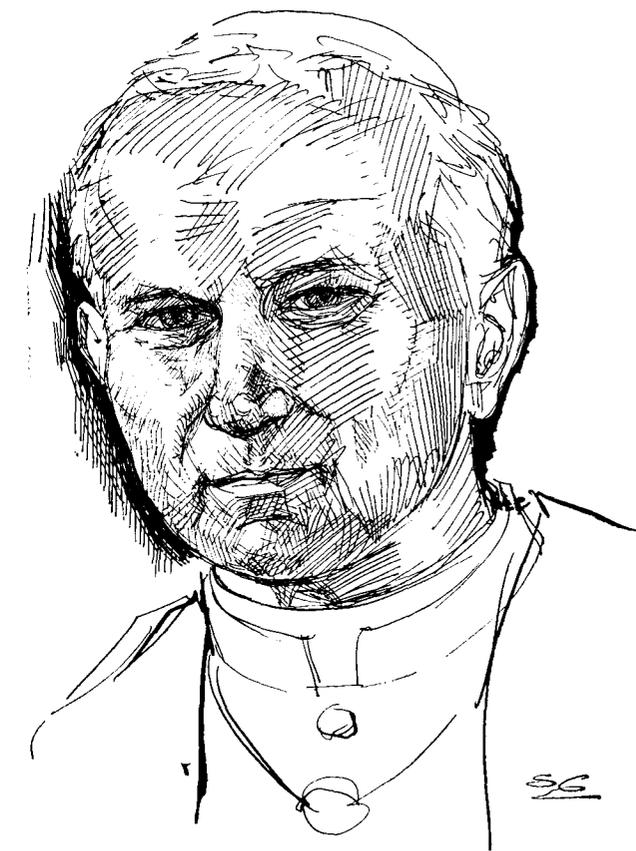
El Concilio Vaticano II ha dedicado a la escatología un capítulo especial de la constitución sobre la Iglesia. Pero no se trata solamente de esa escatología del hombre que constituye el tema de nuestros tradicionales tratados de *De novissimis* (*Lumen Gentium*, núms. 48-51). El Concilio habla de la «índole escatológica de la Iglesia peregrinante y de su unión con la Iglesia celestial». Esta escatología de la Iglesia es, por tanto, *sui generis*.

Por esto se le añaden otros temas y otras connotaciones, que no encontramos en la escatología tradicional del hombre. En los tratados *De novissimis*, o en los catecismos, el tema escatológico se reducía ante todo a las siguientes verdades: la muerte, el juicio, el cielo, el infierno, el purgatorio; en cambio, en la escatología conciliar de la Iglesia y del mundo predomina la verdad de la renovación de todas las cosas en Cristo (cf. Ef 1,10), de los nuevos cielos y de la nueva tierra (cf. Is 65,17; Ap 21,1) anticipada en cierto modo en el misterio pascual de Jesucristo (cf. I Cor 5,7). Es esta verdad sobre el carácter de la Iglesia la que prepara al mundo a la renovación ya iniciada en Cristo (cf. Col 3,10; Ap 21, 2-5). Con la encarnación del Verbo eterno, el mundo y la humanidad llevan en sí el germen de la plenitud de los tiempos (cf. Ef 1,10). He aquí la concepción esencial de la escatología conciliar.

«La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros» (cf. 1 Cor 10,11), «y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo» (*Lumen Gentium*, núm. 48).

«Y Yo si fuere levantado de la tierra atraeré todos a mí» (Cf. Jn 12, 32).

«La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús y en la cual conseguimos la santidad por la gracia de Dios, no alcanzará su consumada plenitud sino en



la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (Act 3,21)» (*Lumen Gentium*, núm. 48).

(...)

Así los mismos conceptos de «progreso» y de «desarrollo» abarcan no sólo la existencia del hombre en el mundo, sino su vida y sobre todo la «fatiga», la «lucha» y la «prueba». Se tiene la impresión de que en la medida en que avanza el mundo plasmado por el hombre, crece

simultáneamente en él in cansancio de ser hombre y la responsabilidad del bien y del mal (cf. Gén 4, 6-7; 1 Re 3,9; Sal 1; Sal 119 [118], etc.). Se multiplican también los focos de tensión en los diversos puntos del globo. Este es el estado de nuestra vida actual, de este mundo que se acerca ya al fin del segundo milenio después de Cristo. ¿No descubrimos en él cierta analogía con el discurso de Jesús sobre la destrucción de Jerusalén y sobre las señales que anuncian su segunda venida? «Cuidad que nadie os engañe porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: Yo soy el Mesías, y engañarán a muchos. Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras; pero no os turbéis porque es preciso que esto suceda, mas no es

aún el fin. Se levantará nación contra nación y reino contra reino y habrá hambres y terremotos en diversos lugares; pero todo esto es el comienzo de los dolores» (Mal 24, 4-8). Y es verdaderamente significativo que en esta perspectiva Jesús prediga las persecuciones de los discípulos: «Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán, y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre. Entonces se escandalizarán muchos y unos a otros se harán traición y se aborrecerán; y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos; mas el que perseverare hasta el fin, ése será salvo» (Mat 24, 9-13).

PLENITUD DE LOS BIENES MESIÁNICOS

Lo que vio Isaías, hijo de Amoz, tocante a Judá y a Jerusalén.

Y acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jahwé por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él todas las gentes.

Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jahwé, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jahwé.

Y juzgará entre las gentes, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada gente contra gente, ni se ensayarán más para la guerra.

Venid, oh casa de Jacob, y caminemos a la luz de Jahwé.

Ciertamente tú has dejado tu pueblo, la casa de Jacob, porque son henchidos de oriente, y de agoreros, como los filisteos; y en hijos ajenos descansan.

Su tierra está llena de plata y oro, sus tesoros no tienen fin. También está su tierra llena de caballos; ni sus carros tienen número.

Además está su tierra llena de ídolos, y a la obra de sus manos se han arrodillado, a lo que fabricaron sus dedos.

Y hase inclinado el hombre, y el varón se ha humillado; por tanto no los perdonarás.

Métete en la piedra, escóndete en el polvo, de la presencia espantosa de Jahwé y del resplandor de su majestad.

La altivez de los ojos del hombre será abatida, y

la soberbia de los hombres será humillada; y Jahwé solo será ensalzado en aquel día.

Porque día de Jahwé de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, y sobre todo ensalzado; y será abatido:

Y sobre todos los cedros del Líbano altos y sublimes, y sobre todos los alcornoques de Basán;

Y sobre todos los montes altos, y sobre todos los collados levantados;

Y sobre toda torre alta, y sobre todo muro fuerte;

Y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todas las pinturas preciadas.

Y la altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y sólo Jahwé será ensalzado en aquel día.

Y quitará totalmente los ídolos.

Y meteránse en las cavernas de las peñas, y en las aberturas de la tierra, por la presencia espantosa de Jahwé, y por el resplandor de su majestad, cuando se levantara él para herir la tierra.

Y aquel día arrojará el hombre, a los topes y murciélagos, sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorase;

Y se entrarán en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia formidable de Jahwé, y por el resplandor de su majestad, cuando se levantara para herir la tierra.

Dejaos del hombre, cuyo hálito está en su nariz; porque, ¿de qué es él estimado?

POR MARÍA LLEGARÁ EL REINADO DE JESÚS AL FIN DE LOS TIEMPOS

Así como por María vino Dios al mundo la primera vez en humildad y anonadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá segunda vez, como toda la Iglesia le espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y a los muertos? Cómo y cuándo, ¿quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios, cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra, vendrá en el tiempo y en el modo menos esperados de los hombres, aun de los más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy oscura.

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONFORT: *El secreto de María*

Signo de contradicción

Jesús hijo de María, cuarenta días después del nacimiento, fue presentado en el Templo de Jerusalén según la ley del Antiguo Testamento (cf. Lc 2,22-38). Cuando María y José entran en el templo para dar cumplimiento al rito de la Presentación, el anciano Simeón toma el niño en sus brazos y pronuncia las palabras proféticas (cf. Lc 2, 39-22) que la Iglesia repite cada tarde durante las Completas: «Luz para la iluminación de las gentes»; y, dirigiéndose a María, se refiere a Él también con las palabras que hemos elegido como *leit-motiv* de nuestros ejercicios espirituales: «Puesto está —dice Simeón— para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción» (Lc 2, 34).

Han transcurrido casi dos mil años y estas palabras pronunciadas entonces no han perdido actualidad. Se hace cada vez más evidente que estas palabras resumen de modo particularmente acertado, toda la verdad sobre Jesucristo, sobre su misión y sobre su Iglesia. «Signo de contradicción.»

(...)

Los tiempos que vivimos confirman con particular fuerza la verdad contenida en las palabras de Simeón: Jesús es la luz que ilumina a los hombres (cf. Lc 2,32) y, al mismo tiempo, signo de contradicción (cf. Lc 2,34). Y si ahora, en los umbrales de los últimos veinticinco años del segundo milenio después de Cristo, después del Concilio Vaticano II y frente a las terribles experiencias por las que ha pasado la gran familia humana, Jesucristo se revela de nuevo a los hombres como luz del mundo, ¿no se ha convertido, hoy más que nunca, en ese signo al que los hombres se oponen?

Reconsideremos todo lo que el mundo y el hombre contemporáneos están viviendo, todo lo que, a buen se-

guro, atormenta de forma particular el ánimo del Sucesor de Pedro, al cual el Señor confió las llaves del reino celestial, diciendo: «Cuanto atares en la tierra será atado en los cielos» (Mt 16,19); «Tú eres Pedro (esto es, la Piedra)» (Mt 16,18). Nuestra tierra parece hoy más pequeña, se han reducido las distancias (cf. *Gaudium et Spes*, núm. 5) entre los continentes; incluso en la Luna —satélite de la Tierra— ha puesto los pies el hombre. Y en este mutuo acercamiento, gracias a los medios de transporte y a los medios de comunicación social, se ve mejor por qué caminos pasa la oposición a Cristo Jesús, a su Evangelio y a su Iglesia. Es difícil resumir y contrastar todas las formas a través de las cuales se confirma sin cesar la profecía de Simeón, pero trataremos de poner de relieve algunas de ellas.

Se da ciertamente en los hombres de hoy una forma de contradicción que se puede ilustrar con la parábola del rico Epulón y de Lázaro (cf. Lc 16, 19-31). Jesús se pone de parte de Lázaro. Su Reino se realiza en este mundo según el programa de las bienaventuranzas (cf. Mt 5 3-10) y sabemos que los bienaventurados son los pobres (Lc 6,20), los pobres de espíritu (Mt 5,3), los humildes, los que tienen hambre y sed de justicia y los que lloran. Bienaventurados son también los misericordiosos. La gran pobreza de los pueblos la primera de todas, la de los pueblos del Tercer Mundo, el hambre, la explotación económica, el colonialismo —que no sólo está presente en el Tercer Mundo—, todo esto tiene también el significado de una oposición a Cristo por parte de los poderosos, independientemente de los regímenes y de las tradiciones culturales. Esta forma de contradicción a Cristo a menudo forma pareja con una aceptación parcial de la religión, del cristianismo y de la Iglesia, con una aceptación de Cristo como elemento de cultura, de moralidad e incluso de educación. El rico Epulón del

Evangelio se refería a Abraham y se dirigía a él como padre (Lc. 16,24).

Se da sin duda en este mundo una gran carga de fe, un considerable margen de libertad para la misión de la Iglesia. Aunque en muchos casos se trate solamente de un margen. Baste observar las principales tendencias que predominan en los medios de comunicación social; baste prestar atención a todo lo que queda silenciado o aquello de que se habla en voz alta; baste prestar oído a las oposiciones más frecuentes, para ver que también allí donde se acepta a Cristo, al mismo tiempo se alza una oposición a Cristo en lo tocante a la verdad plena de su Persona, de su misión, de su Evangelio. Se querría «moldearlo», adaptarlo a las medidas propias de la dimensión del hombre en la era del progreso y del programa de la civilización moderna, que es un programa de consumismo y no de fines trascendentes. Surge la oposición frente a Él desde esas posiciones y no se soporta la verdad proclamada y recordada en su nombre (cf. Act 4,10.12.18). Esta oposición a Cristo que se simultánea con un apelar a Él procedente incluso de aquellos que se llaman sus discípulos, es un síntoma característico de los tiempos que vivimos.

Pero no es esta la única forma de contradicción a Cristo. Junto a ella (que, por lo demás, presenta múltiples variantes y matices que podrían denominarse «contradicción indirecta») se encuentra otra forma surgida probablemente de la misma base histórica y en directa relación con aquélla. Es una forma de oposición directa a Cristo un rechazo abierto del Evangelio, una negación de la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo que el Evangelio proclama. Esta negación adopta en ocasiones caracteres de brutalidad. Sabido es que existen aún países en los que están cerradas las iglesias de

cualquier confesión, en los cuales el sacerdote es condenado a muerte por administrar el bautismo. Quizás en esta tierra de persecución hay aún huellas de las antiguas catacumbas cristianas y de los circos, en los cuales los testigos de Cristo eran arrojados para ser despedazados por las fieras. Sin embargo, la persecución contemporánea, la típica de los últimos años del siglo xx, se mueve en un contexto totalmente diferente del antiguo y tiene, por lo mismo, un significado completamente distinto. Vivimos una época en la que todo el mundo proclama la libertad de conciencia y la libertad religiosa; y también una época en la que la lucha por la religión, definida como «opio del pueblo», se lleva a cabo de modo que no se creen en lo posible nuevos mártires. De este modo el programa de la época es la persecución, pero salvando las apariencias, la persecución no existe y hay allí plena libertad religiosa. Más aún, todo este programa ha sabido suscitar en muchos la impresión de que se está de parte de Lázaro y contra el rico Epulón; y, por tanto, de la misma parte en que se puso Cristo, aún estando como se está sobre todo contra Cristo. ¿Podemos decir verdaderamente «sobre todo»? Querríamos sinceramente poder afirmar lo contrario. Por desgracia, los hechos demuestran claramente que la lucha religiosa existe y que por ahora esta lucha constituye un intocable dogma del programa. Parece también que el medio más necesario para realizar este «paraíso en la tierra» consista en privar al hombre de la fuerza que saca de Cristo (cf. Rm 1,16; 1 Cor 1,18; 2 Cor 13,4; Flp 4,10), esta fuerza ha sido, en efecto, condenada sin apelación como debilidad indigna del hombre. Indigna, pero más bien incómoda. El hombre fortalecido con la fuerza que le confiere la fe no permite fácilmente que se le relegue al anonimato colectivo (cf. 2. Cor 12-9).

CRISTO PRESENTE EN SU IGLESIA

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

RAMÓN ORLANDIS, S.I.: *Actualidad de la idea de Cristo Rey*

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Nicolás Berdiaeff

Berdiaeff (1874-1948) fue un pensador ruso, apreciado en Occidente en la primera mitad de este siglo. De pensamiento complejo, su cristianismo era subjetivo, contrario a toda fidelidad dogmática y a toda vinculación institucional. Pero supo expresar, dentro de lo que incluso puede parecer una visión racionalista de una «toma de conciencia histórica» de los israelitas, «los primerísimos fulgores de un día que ya amanece», según expresión del padre Orlandis. El fragmento que sigue pertenece a la obra El sentido de la Historia.

Israel, creador de la Historia

Fueron los hebreos los que nos trajeron el concepto de «lo histórico». Por ello estoy firmemente convencido de que la misión del pueblo hebreo había sido verdaderamente la de introducir en la historia del espíritu humano, una conciencia del proceso histórico francamente opuesto a la concepción cíclica, propia del espíritu helénico. La antigua conciencia hebrea había relacionado siempre el proceso histórico con el mesianismo, y es aquí donde advertimos la diferencia esencial que media entre la conciencia helénica y la hebrea. Mientras la primera iba dirigida hacia el pasado, la segunda tendía constantemente hacia lo futuro. El pueblo hebreo vivía intensamente de cara hacia el porvenir, esperando siempre una resolución del destino del pueblo de Israel. La conciencia hebrea no concebía el proceso histórico como un circuito cerrado. Todo cuanto pertenece al proceso histórico parece indicarnos que, verdaderamente, llegaremos a la resolución de la Historia y que ésta tendrá su fin en el futuro. Esta manera de concebir el proceso histórico lo advertimos por primera vez en la conciencia hebrea, en la que aparece realmente la «conciencia de lo histórico».

Por esta razón, para establecer una teoría historiosófica, es necesario dirigirse hacia la historia de los hebreos y no hacia la historia de la filosofía helénica. Especialmente notable, desde este punto de vista, es el libro del profeta Daniel. En este libro se siente, por decirlo así, el proceso del destino humano, como un drama que se encamina hacia un fin determinado.

En la interpretación del sueño de Nabucodonosor vemos el primer intento del hombre de trazar un esquema histórico. Es un esquema que se reproduce en lo sucesivo, desarrollándose especialmente en la historiosofía cristiana. Así, según el profeta Jeremías, Dios castiga a los pueblos. Jeremías profesaba cierta simpatía hacia Nabucodonosor, en quien veía un arma Divina. Este profetismo de la conciencia hebrea, ese espíritu siempre

dirigido hacia el porvenir, no solamente fue el origen de la filosofía de la Historia, sino que también constituye en sí mismo algo «histórico».

Mientras en el mundo helénico dominaba una concepción armónica del cosmos, el pueblo hebreo, muy al contrario, no tenía esa concepción estática del Mundo. Este pueblo necesitaba descubrir el drama histórico del destino de la Humanidad; para él era una necesidad imperiosa llegar a la resolución de este drama, que veía en la llegada de algún acontecimiento magno y decisivo, tanto para el destino del pueblo de Israel, como para el destino de la Humanidad entera.

Esa antigua ideología mesiánica pertenece exclusivamente al pueblo hebreo. La idea mesiánica es una idea específica, que el pueblo hebreo introdujo en la historia espiritual de la Humanidad.

Aquí creo necesario esclarecer bien estos conceptos. Ante todo, hemos de explicar a qué obedece el hecho de que los griegos, que aportaron grandes revelaciones a la historia espiritual de la Humanidad, fuesen precisamente los que peor comprendieron el proceso histórico sin llegar nunca a la percepción de «lo histórico».

En mi opinión esto es debido a que el mundo helénico no tenía ninguna noción de la libertad, en el verdadero sentido de esta palabra. Esa libertad verdadera no la descubrimos en la religión griega, ni en la filosofía de la Grecia antigua. El rasgo característico del espíritu helénico es precisamente la sumisión ante el destino. El mundo helénico no tenía conciencia alguna de la libertad. El sujeto históricamente activo, sin cuya cooperación no es posible el proceso histórico, no pertenecía al mundo antiguo griego. Este fenómeno lo hemos de atribuir al hecho de que en el mundo helénico la forma dominó siempre sobre el contenido. En su arte, en su filosofía, en su política y en todas las demás manifestaciones suyas, predominaba siempre la perfección de las formas, relegándose a segundos términos los conceptos profundos, derivados del fundamento irracional de la existencia humana.

Mas este fundamento irracional es precisamente el principio de libertad, ese principio que más tarde trajo consigo el cristianismo. En efecto, en el mundo cristiano vemos descubrirse este concepto del contenido de las cosas y no de las meras formas exteriores. Aparece el principio irracional en virtud del cual se descubre aquella libertad que conduce a la formación del sujeto libre y activo, sin el cual no es posible alcanzar el proceso histórico.

La conciencia hindú es la menos histórica de todas y asimismo el destino del pueblo hindú es el más antihistórico del Mundo. Todo cuanto de profundo tuvo la India, nunca perteneció a la Historia. La India carece de historia, propiamente dicha; allí no se manifiesta el proceso histórico. Este pueblo conceptuaba la vida religiosa como una vida sobre todo espiritualmente individual, en lo más profundo del cual descubrían un mundo superior divino y aparecía la Divinidad, a través de un proceso absolutamente independiente de cualquier destino histórico.

Los hindúes consideraban lo metafísico y lo histórico como dos conceptos profundamente contradictorios y opuestos. Para sus conciencias el alejamiento de la realidad histórica y de su destino era algo así como una garantía de pureza, puesto que para ellos cualquier dependencia obscurece el espíritu. Esta separación radical entre lo histórico y lo metafísico conduce evidentemente a concebir la Historia como un encajamiento de fenómenos reales, sin contenido interno alguno, sin la razón íntima profunda. Según esta ideología, lo histórico pertenece al mundo empírico exterior; a una realidad de orden inferior que debe dominarse, que hemos de relegar al olvido para poder penetrar en la Verdad de lo metafísico, en la Verdad espiritual superior del Universo.

El Mesianismo en la Historia

Esto constituye el monismo puramente ario, que suele oponerse al dualismo de la conciencia hebrea y cristiana. La filosofía de la Historia, en virtud de la misma materia histórica sobre que versa, está inseparablemente unida a la Escatología, explicándonos por qué «lo histórico» tuvo sus comienzos en el pueblo hebreo precisamente. La Escatología se ocupa del fin de la Historia y de la resolución de la Historia Universal. Esta idea escatológica es altamente necesaria para la exacta interpretación de la formación histórica como algo provisto de sentido. Si no aceptamos este concepto de un desenlace de la Historia es imposible que la concibamos, ya que la Historia es esencialmente escatológica, puesto que

presupone un fin, una resolución en algún hecho catastrófico, a partir del cual comenzará su existencia otro mundo distinto, de realidad muy diferente de esa realidad que había alcanzado la conciencia helénica, que no tenía noción alguna de la Escatología.

(...)

El pueblo hebreo fue el primero en admitir la posibilidad de una filosofía de la Historia, pero la prioridad de una historiosofía verdadera, en su significado espiritual, pertenece íntegramente a la conciencia cristiana. El cristianismo, que contiene todo cuanto ha alcanzado el Mundo, tanto el mundo helénico como el hebreo, posee una historicidad aun superior a la del pueblo hebreo. Uno de los conceptos más profundos de Schelling es aquel en que expresa que el cristianismo es una revelación divina en la Historia. Existe una relación estrechísima entre el cristianismo y la Historia; una relación que no hallamos en ninguna otra religión, ni en dirección espiritual alguna. El cristianismo creó el dinamismo histórico, dio un impulso excepcional al movimiento histórico e hizo posible la formación de una filosofía de la Historia.

Yo afirmo que el cristianismo no solamente formó las historiosofías cristianas, propiamente dichas, tales como las de San Agustín o de Bossuet, sino que fue la causa de todas las filosofías de la Historia, incluyendo la de C. Marx, que posee un dinamismo muy singular, en perfecta consonancia con el período histórico cristiano. El cristianismo dio al proceso histórico un dinamismo excepcional, porque con él todos los hechos adquirieron un significado esporádico que no había llegado a concebir el mundo pagano.

El mundo pagano creía en la repetición de los hechos, y esta ideología era contraria a toda interpretación verdadera del proceso histórico. En cambio, el concepto de la esporadicidad de los hechos, introducido en la realidad histórica por el cristianismo, ha llevado a la conciencia cristiana a admitir que en el centro mismo del proceso universal histórico existe cierto hecho esporádico, de carácter único y exclusivo, que no puede compararse con ningún otro y de contenido tanto histórico como metafísico.

Este hecho es el advenimiento de Cristo. La Historia es algo que tiene su significado oculto, que contiene en sí un misterio. Es algo que ha tenido un comienzo y que tendrá su fin. La Historia también tiene un centro, que es la aparición de Cristo en la Tierra.

La Historia se dirige hacia este hecho primordial, y luego parte de este mismo hecho. Es así cómo se determina el profundísimo dinamismo de la Historia, que, en su movimiento, se dirige hacia un punto central y luego prosigue, teniendo este mismo punto por origen.

SAN IGNACIO Y MIGUEL ÁNGEL

Nos honramos en publicar, como homenaje y recuerdo, este artículo inédito del arquitecto y artista Ignacio María Serra Goday (1917-1991), que desde la fundación de nuestra revista la enriqueció con sus incomparables dibujos y sus trabajos sobre arte sacro.

Íñigo López de Loyola nació en 1491, o sea, dieciséis años después que Miguel Ángel.

Después de su conversión y realizados ya sus estudios en la Universidad de París, se reúne con sus compañeros en Venecia, para trasladarse a Tierra Santa cumpliendo el voto que hicieron en Montmartre. Pero precisamente cuando se preparan para el viaje, el 13 de septiembre de 1537 estalla la guerra entre Venecia, asociada a la Santa Liga y los turcos, por lo que abandonan el proyectado viaje y se trasladan a Roma cumpliendo la segunda parte del voto, que en caso de no poder peregrinar a Tierra Santa se pondrían a disposición del Santo Padre. Es durante el viaje a Roma que Dios imprime en el corazón de Ignacio aquellas palabras «Yo os seré propicio en Roma».

Cuando San Ignacio llega a Roma, en 1538, con sus compañeros se le concede la pequeña Iglesia de Santa María della Strada, cerca del Campidoglio, es decir, muy cerca de la casa en que vivió Miguel Ángel los últimos treinta años de su vida en Macel dé Corvi. La casa la había adquirido muchos años antes y lo que de ella quedaba fue destruido a comienzos del pasado siglo al construirse el enorme y desgraciado monumento a Vittorio Emmanuele II.

En 1554 Pablo III, estando en la Roca de Tivoli, aprobó la Compañía y seis años más tarde, Julio III aprobó la idea de erigir una nueva iglesia, más grande, junto a la Casa Central, la iglesia que con el tiempo sería el Gesù.

Se pidió un proyecto a Nanni di Baccio Bigio, escultor florentino que en su madurez, alentado por Antonio da Sangallo, el *Joven*, se había dedicado a la Arquitectura. De Nanni di Baccio conocemos la estatua del papa Clemente VII, en la iglesia de Santa Maria Sopra Minerva. Este proyecto no llegó a realizarse.

Cuando en 1554 el Cardenal Bartolomé de la Cueva, protector de la Compañía de Jesús, asumió el empeño de construir la nueva iglesia a sus expensas, no satisfaciéndole el proyecto de Nanni, encargó uno nuevo al mejor artista que había entonces, Miguel Ángel Buonarroti. Éste, que tenía casi ochenta años y estaba ocupado en las obras de San Pedro, no declinó el encargo del Cardenal y se puso a preparar los proyectos del templo que quería erigir San Ignacio.

El Padre Polanco, fiel secretario del Santo, se lo cuen-

ta al Padre Nadal y a Salmerón en sendas cartas del mes de junio del mismo año.

San Ignacio se alegra de saber que el Buonarroti se ocupa de la obra, escribiendo al Cardenal Mendoza el 21 de julio del mismo año de 1554: «la Yglesia yra ahora mas adelante... tomando cargo de la obra el más célebre hombre que por acá se sabe que es Michael Angelo (que también tiene la de San Pedro) y por devotion sola, sin interés alguno, se emplea en ella».

Estas líneas del gran santo dan testimonio de la piedad y caridad del anciano Miguel Ángel. Es evidente que por entonces Miguel Ángel tuvo ocasión de tratar a San Ignacio y conversar con él.

El gran artista escuchó algunos de los sermones de los primeros Jesuitas, y es más que probable, pues su iglesia no estaba lejos de Macel dé Corvi, debió encontrar de nuevo en aquella severa e impetuosa elocuencia un eco de las llamadas a la penitencia que oyera conmovido allá en Florencia, en los lejanos tiempos de su primera juventud, en boca de Savonarola.

Algunas de sus poesías religiosas de la vejez concuerdan con los preceptos más profundos de la devoción ignaciana. Recordemos el soneto:

*Le favole del mondo m'hanno tolto
il tempo dato a contemplare Iddio.*

Cuando San Ignacio llegó a Roma el Buonarroti estaba pintando el Juicio Final. Nos gustaría conocer los comentarios del Santo en el caso de que hubiera visto y admirado el terrible fresco descubierto en 1541; no creo que hubiera tachado a Miguel Ángel de pagano como lo hizo mucho después un escritor español, Pedro Antonio de Alarcón en su *Viaje por Italia*.

Miguel Ángel realizó el proyecto y modelo de la Iglesia del Gesù rápidamente, pues el 6 de octubre de 1554 San Ignacio, con el cardenal De la Cueva y otras personalidades, pudo asistir a la colocación de la primera piedra. Por Polanco sabemos que el Arquitecto bajó a colocar la primera piedra en sus propias manos: «descendió a los cimientos para asentar la piedra». El Arquitecto a que alude el Padre no podía ser otro que Miguel Ángel, autor del proyecto.

Desgraciadamente, la iglesia del Gesù no se realizó

según el proyecto de Miguel Ángel. Surgieron dificultades con los propietarios circundantes para adquirir o expropiar los terrenos necesarios y San Ignacio abandonó la empresa.

La Iglesia se construyó unos años después de su muerte según el proyecto de Vignola con algunas modificaciones en la ejecución de la fachada. Cuando murió San Ignacio se le enterró provisionalmente en la pequeña iglesia de Santa María della Strada.

No se conoce el proyecto de Miguel Ángel. Seguramente de haber seguido su proyecto la iglesia hubiera sido más sencilla, menos suntuosa, menos recargada de mármoles y de ornamentación que la que hoy vemos, que no responde ciertamente al primitivo espíritu de pobreza de la Compañía.

La gran riqueza ornamental que caracterizará con el tiempo las iglesias de los Jesuitas, se inicia con la iglesia del Gesú y de San Ignacio en Roma.

En el altar de San Ignacio en la iglesia del Gesú la gran esfera de lapislázuli que representa el mundo, fue tenida por el más grande bloque de lapislázuli existente.

La estatua del Santo era toda ella de plata. Ya en su tiempo fue duramente criticada la idea de hacer de plata maciza la estatua de San Ignacio y de simple estuco la imagen de Dios Padre que está en la parte alta del altar. La sarcástica ironía de los romanos comentó en la estatua parlante del Pasquino: «Nel vedere tutta quella ricchezza, il Padre Eterno è rimasto di stucco».*

Cuando en 1556 murió el Santo, los Jesuitas llamaron a Jacopo del Conte, pintor florentino, para que le hiciera el retrato. Y así resulta que la única efigie auténtica de San Ignacio fue pintada por la misma mano que nos conservó también la efigie de Miguel Ángel.

La antigua residencia de los Jesuitas ha desaparecido y hoy es la bonita plaza de Araceli.

* En la estatua parlante del Pasquino colgaban los romanos los comentarios y críticas de los personajes y sucesos. Esta costumbre perduró hasta la mitad del pasado siglo. Otras estatuas parlantes eran la del Babuino, en la calle del mismo nombre, que va de la plaza del Pueblo a la de España, y el Marforio, que hoy se encuentra en el patio del Palacio de los Senadores en el Campidoglio

NAVIDAD



Umbram fugat VERITAS
Noctem LUX eliminat.

La noche fría se enciende
En la tierra adormecida;
El Rayo que da la vida
Entre pastores desciende,
Un sereno canto hiende
La lóbrega oscuridad.
Llega al mundo la VERDAD;
Y mientras arrecia el frío
Viene a darnos fresco estío
La Divina Majestad.

Florecen rosas de nieve
Por valles, sotos y prados;
La luna, rayos helados
Fulgura en el mundo leve.
Ningún ruido se atreve
A romper la inmensa calma.
¡Suspende tu aliento, Alma!
¿No ves que por su bondad
Te ofrece Dios su amistad
Que es aliento, premio y palma?

TOMÁS LAMARCA

La muerte de un capuchino conmociona la ciudad de Barcelona durante la ocupación napoleónica (agosto de 1810)

fra Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

El día 8 de agosto de 1810, mientras la ciudad de Barcelona sufría las vejaciones motivadas por la ocupación de las tropas francesas, moría santamente en la celda de la enfermería del convento de Santa Madrona (ubicado en la actual Plaza Real de Barcelona) el venerable capuchino P. Miguel de Sarriá, asistido en su enfermedad por seglares benefactores de la comunidad, puesto que los religiosos se habían visto entonces obligados a abandonar, en un primer intento de exclaustación, el recinto conventual bajo la presión de las tropas napoleónicas. El libro de óbitos de los capuchinos de Cataluña anota, con sobriedad y delicadeza, la conmoción que causó entre la población barcelonesa la muerte del P. Miguel de Sarriá, amadísimo por todos sus estamentos por diversos motivos, principalmente por la instauración del «Rosari cantat» durante las tardes del domingo en las parroquias de Barcelona, y también por la unción, vivacidad y sinceridad de su predicación y ministerio sacerdotal. El cronista capuchino, a propósito de la muerte del Venerable Religioso, nos escribe la siguiente reseña: «P. Miguel de Sarriá, Ex-L[ector], vestido â 2 [de] Set[iem]bre de 1756, murió en opinión de S[an]to. Fue su última enfermedad en ocasión de estar los franc[eses] en Bar[celo]na, y q[ue] oprimían ellos y los españoles afrancesados mucho la ciudad. En aquel entonces tuvieron q[ue] abandonar los Relig[iosos] â la fuerza el Conv[ent]o, quedando el enfermo en su celda de enfermería y cuidado por seglares. Muerto que fue, fue su cadáver muy respetado hasta por los enemigos. Tres días lo tuvieron sin darle sepultura, estando guardado siempre en la Iglesia por las tropas franc[esas] para guardarlo del tropel de las gentes. Murió â 8 Ag[os]to de 1810».¹

Sin embargo, quien mejor atestigua el impacto que causó la muerte del P. Miguel en la población barcelonesa durante la guerra de la Independencia es el P. Raimundo



Ferrer (del Oratorio de San Felipe Neri de Barcelona), el cual en su interesantísima obra *Barcelona cautiva* nos relata el gran concurso popular el día del entierro del capuchino Miguel de Sarriá, con la precisión de estos términos: «Jueves día 9 [de agosto de 1810]. La Iglesia de Capuchinos [de Santa Madrona] ha presentado hoy un espectáculo digno de toda atención con motivo de cantarse la Misa de difuntos por el descanso del alma del P. Miguel de Sarriá. El concurso, ya muy de mañana, ha sido tanto, que ha obligado â acudir al Gobernador Francés Lacombe Saint Michel, para que concediera una partida de tropa para zelar la quietud y atropellamientos. Ha accedido sobre la marcha, porque sin duda estaba noticioso de las relevantes prendas de virtud que acompañaban al difunto Religioso [...] Se han colocado centinelas en las entradas de la Iglesia, y de la Capilla del Sacramento, donde está la sepultura de los Religiosos. En las esquinas del féretro había también centinelas, pero ni estos, ni los

1. Vg.: *Llibre dels òbits dels Religiosos Caputxins de la Santa Província de Catalunya*, f. 33 rº [Ms conservado en el Archivo Provincial de los Capuchinos de Cataluña (=APCC), en Sarriá-Barcelona].

*membrudos paisanos indicados ayer, podían impedir el tropel de las gentes que tiernamente se arrojaban sobre el féretro, unos para besar la mano del difunto, otros para cortarle pedacitos de su hábito ó pelos de la barba, otros para tocarle con sus rosarios. Era ciertamente un punto de vista muy extraño, ver guardado por los soldados franceses, el cadáver de un pobre Religioso. Se ha procedido á la celebración de los divinos oficios entre la barahunda y ruido, que era consiguiente á tanto tropel».*²

2. Vg. R. FERRER, *Barcelona Cautiva, ó sea diario exacto de lo ocurrido en la misma Ciudad mientras la oprimieron los franceses*. [Tomo sexto: Comprende los seis últimos meses del año 1810]. Barcelona, Imp. Brusi, 1819, pp. 113-114.

Con la transcripción de estos dos testimonios documentales, hemos puesto de relieve la profunda conexión entre los capuchinos de antes de las exclaustaciones liberales y los diversos estamentos de la sociedad catalana tradicional. Esta sintonía era posible gracias al testimonio radical y sincero de una consagración religiosa vivida a fondo y exclusivamente preocupada por predicar el Santo Evangelio, sin intereses políticos de ninguna clase.³

3. La ilustración que acompaña estas líneas es una xilografía catalana que nos muestra, bella y expresivamente, al P. Miguel de Sarriá en una de sus correrías apostólicas, durante sus largas y fecundas misiones populares por los territorios del Principado de Cataluña a finales del siglo XVIII, [original en el APCC, en Sarriá-Barcelona].

San Luis, rey de Francia, en la oración de la Iglesia

Santiago M^a Amer

«Trabaja para desterrar de tu país todo pecado, sobre todo, la blasfemia y la herejía.» Pertenece esta frase al testamento espiritual que el rey de Francia san Luis dirigió a su hijo y heredero. La Iglesia lo ha tomado como segunda lectura del Oficio en la celebración de la memoria del santo, el 25 de agosto. Ahí nos habla el santo rey de los deberes del gobernante cristiano, puesto que ya en la nota hagiográfica se nos ha advertido que «no sólo atendía a la paz y al bien temporal de sus súbditos, sino también al espiritual». Obligaciones las primeras muy urgentes e inexcusables en los que gobiernan, aunque observamos que la Iglesia nos propone en este caso preocupaciones más elevadas. El ejemplo de san Luis debe mover nuestra reflexión sobre la parte moral y espiritual que implica el bien común en toda sociedad humana y en la consiguiente responsabilidad de los que la presiden. Evitar el pecado y fomentar la virtud constituye un principio seguro de actuación en todos los campos y, por tanto, también en el de la vida pública; algo que nadie debiera ignorar ni considerar extraño. Nada más trascendente en este campo que el respeto debido a la religión y el tratar de evitar el escándalo. Por eso san Luis cita expresamente los pecados que pueden incluir el desorden citado.

No se trata, desde luego, de que la autoridad civil tenga jurisdicción alguna sobre las conciencias ni de que pueda atribuirse regular la vida religiosa de sus súbditos, ya que no es responsable de la justificación ni de la santificación de los individuos, ni Dios le ha dado medios para ello, ni podría intentarlo sin gravísimos inconvenientes como los que registra la historia en muchos casos. Sí puede y debe, en cambio, asegurar el respeto y el libre acceso a la verdad religiosa y a la práctica. Ello requiere, naturalmente, que dicho acceso no sea impedido por deformaciones y falsificaciones que ofrezcan imágenes caricaturescas alejadas de la realidad. Nadie puede ser forzado a aceptar la fe. Pero puede exigirse que no se presenten deformaciones de la misma por parte de los que no la profesan. Creemos que esto pertenece a la recta noción de orden público, pues según el Concilio Vaticano II debe incluir el «orden moral objetivo» (*DH*, núm. 7).

Las consideraciones del citado documento del último concilio ecuménico y las tristes experiencias que, a diario, podemos recoger en el terreno del que hablamos, nos muestran la perenne actualidad de la doctrina de la Iglesia, puesta de manifiesto en su oración oficial al presentar, como hemos visto, el ejemplo de san Luis.

ISAAC RABIN, LECH WALESA Y EL REFERÉNDUM DE IRLANDA

Tres hechos recientes en la perspectiva del triunfo de Cristo, Rey de las Naciones

José Javier Echave-Sustaeta del Villar

Al hilo de la Teología de la Historia

El penúltimo mes del año 1995 ha sido rico en singulares acontecimientos que han llenado las primeras páginas de los diarios. Los analistas políticos han extraído sus consecuencias inmediatas, pero, interpretados en otra perspectiva, a la luz de la Teología de la Historia y de la fe en las promesas de Dios, nos permiten vislumbrar cómo conduce a la humanidad, libre pero indefectiblemente, por los caminos que sólo Él ha designado, hacia su plenitud: el advenimiento del Reino de Cristo en el mundo, y cuyos signos nos dispensa para confortarnos en la esperanza de su próxima venida.

Cronológica y noticiosamente sería el primero de estos hechos el asesinato del primer ministro del estado de Israel, Isaac Rabin, el pasado 4 de noviembre a manos de un joven estudiante, hijo y nieto de rabinos, judío piadoso ultraortodoxo, miembro de los servicios secretos paramilitares, y activista del partido nacionalista «Gran Israel».

Sería el segundo, también cronológicamente, y como contrapunto, la derrota en las urnas del popular dirigente católico Lech Walesa en la segunda vuelta de las elecciones a la Presidencia de Polonia, frente a un casi desconocido exministro neocomunista reciclado de socialdemócrata. Lo ajustado del resultado: 49 % frente a 51 %, no ha deslucido su celebración internacional como al fin de la tradicional resistencia de la Polonia católica frente al secularismo del moderno estado democrático.

El tercero, decidido en la vigilia de la Fiesta de Cristo Rey de las naciones, ha sido el resultado del referéndum por el que, por fin, al igual que las restantes naciones europeas, Irlanda introduce el divorcio en su legislación civil.

Podemos ver su interrelación al hilo de la Teología de la Historia que aprendimos de nuestro maestro el padre Ramón Orlandis, S.I., en la perspectiva de los hechos que han de preceder y propiciar el anunciado triunfo de Cristo en el mundo: la apostasía de las naciones y la conversión de Israel.



Rabinos en Jerusalén

El histórico conflicto entre el Israel laico y el religioso

Yigal Amir, al ser detenido tras el atentado, no se mostró nervioso ni contrito, sino orgulloso de haber ejecutado un mandato del Talmud que impone dar muerte a los que entregan la tierra que Jahvé dio para siempre a Israel. El orgullo nacional-religioso, dirigido secularmente contra los *goim*, los no judíos, y en especial contra los árabes, comienza a enfrentarse al estado laico de Israel. Como es sabido, la gran mayoría de los judíos israelitas no es religiosa, aunque muchos de ellos siguen la dieta *kosher* celebran las fiestas bíblicas y hacen circuncidar a sus hijos por motivos tradicionales que cohesionen su conciencia nacional. Pero una pequeña aunque muy celosa minoría creyente ejerce gran influencia en la vida



El Muro de las Lamentaciones

social y civil. Así los tribunales religiosos —el Gran Rabinato— tienen jurisdicción exclusiva sobre todos los matrimonios judíos, la educación de los niños, la observancia del Sabbat y la determinación sobre quién es o no judío. El conflicto entre lo religioso y lo laico en el actual Israel es de un equilibrio inestable, que el asesinato de Rabin ha hecho crujiir. Los sionistas ateos se hallan indignados por el hecho nuevo de que el Estado y sus mandatarios deban protegerse no ya del enemigo exterior árabe, sino también del interior proveniente de los airados judíos piadosos —que llaman ultraortodoxos—, que quieren imponer violentamente su estricto código moral a la mayoría agnóstica.

Tras el magnicidio se han desencadenado las primeras escaramuzas. El pasado domingo 26 de noviembre la policía detuvo e interrogó por más de ocho horas a dos rabinos acusados de haber dado la bendición al asesinato de Rabín. Uno de ellos enseña en la escuela talmúdica a la que asistía regularmente Yigal Amir, quien manifestó «haber sido fuertemente influido por algunos rabinos».

«No permitiremos que gentes religiosas desafíen a la democracia y el Estado»

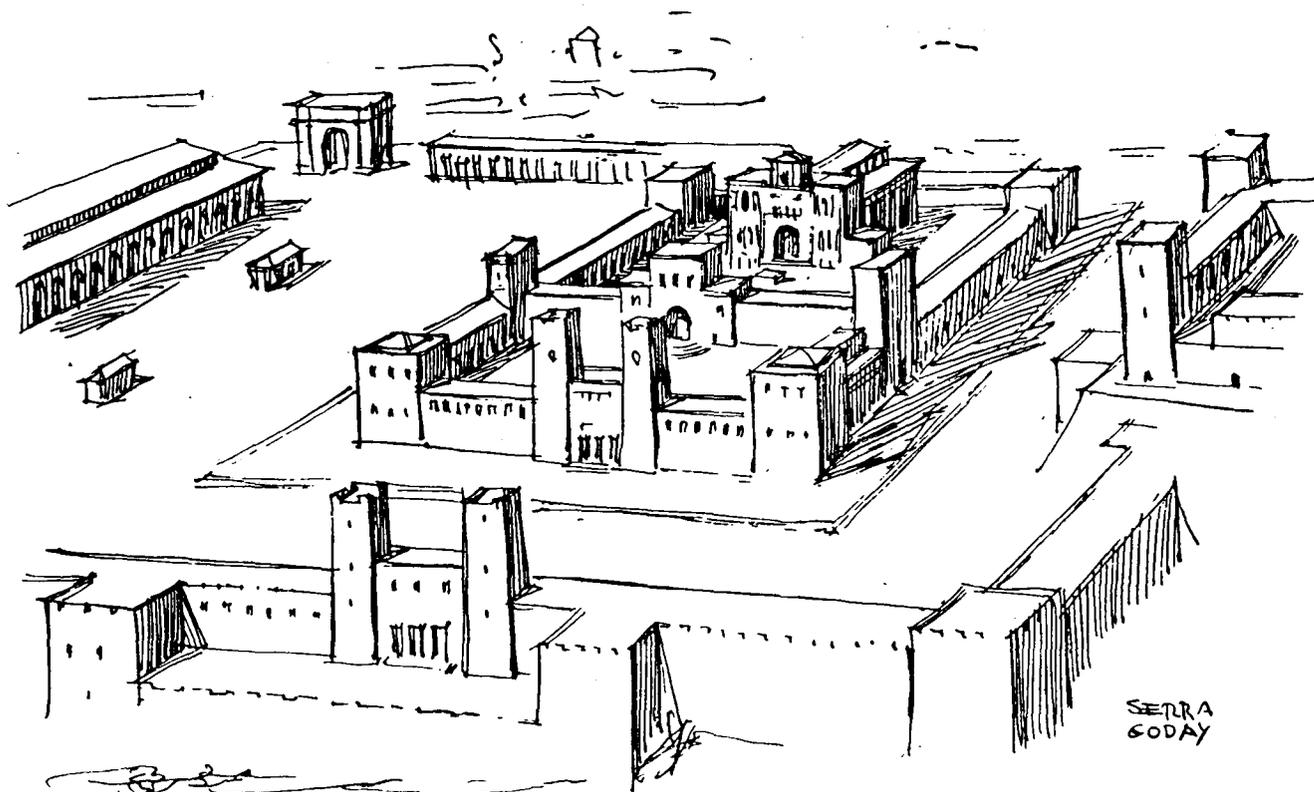
El ministro de Educación y Cultura, Amnón Rubinstein, tras el asesinato habría decidido cortar los subsidios estatales a «las escuelas religiosas que propugnan el extremismo político». Las sinagogas de los *hasidim*, que llevan luto por el templo y que esperan sea reconstruido para el regreso del Mesías, se hallan en efervescencia. Los Loubavitch y otros grupos de «hombres de negro» reunieron el mismo día 26 en Jerusalén más de 20.000 judíos observantes para proclamar su indignación, también por las excavaciones arqueológicas que han removido restos de tumbas del tiempo de los Macabeos, pidiendo «cortar las manos a los blasfemos que han osado profanar los restos de nuestros padres en sus tumbas». Quisieron demostrar que no se arredaban ante las amenazas del ministro, apedreando a los arqueólogos, y llevándose los restos humanos en procesión hasta el Gran Rabinato. La situación es extremadamente tensa. El portavoz del Ministerio ha sido claro, aunque tal vez imprudente al afirmar: «Dejemos de considerar todo esto como folklore. Estas gentes no atacan sólo al ministro, sino que desafían sistemáticamente al Sionismo, a la democracia y a Israel».

Malos tiempos para los judíos que esperan impacientes al Mesías

Tales declaraciones gubernamentales, impensables hace un mes, indican el inicio de un cambio de orientación de la opinión pública desde el poder, y desde los medios de comunicación contra el judaísmo creyente que antepone la fe en Jahwé a la democracia, al sionismo y al Estado, y que éste, lógicamente, como poder absoluto, no puede admitir.

Los pequeños grupos de judíos piadosos que rezan tres veces el día pidiendo la venida del Mesías, en sus variadas sectas, han dejado de ser mimados como reservas folklóricas, cuyos votos sirven para inclinar las elecciones igualadas. Tras el asesinato se prevé una victoria amplia socialista o un gobierno de coalición con los liberales del Likud, que haga innecesarias más concesiones religiosas a los ultraortodoxos. Se avecinan malos tiempos para los judíos creyentes que confían en las promesas de misericordia de Jahwé a sus padres y esperan impacientes la venida del Mesías redentor.

Invocando a los Macabeos, se han atrevido a enfrentarse violentamente al poder político antiteísta del actual Estado nacional, que ha secularizado la esperanza mesiánica prometida por los profetas, substituyéndola por el



El Templo de Jerusalén

dominio político y económico del pueblo de Israel, auténtico mesías colectivo, a través del cual y a lo largo de la historia, la humanidad habría logrado tomar conciencia de su autosuficiencia y, en definitiva, de su divinidad.

«Alzarán los ojos al que atravesaron»

Tal enfrentamiento no puede prolongarse sin que el todopoderoso Estado antitefustico doblegue a sus airados desafiantes; pero es opinión fundada que la persecución del resto fiel del Israel creyente por parte del Israel ateo y secularizado le llevará, tras «la gran tribulación», a la conversión a Cristo, «alzando la mirada al que atravesaron».

Les fue retirada la primogenitura por un tiempo hasta que, a su vez, se cumplieran también los tiempos de las naciones.

Pero el padre Orlandis también enseñaba, con san Pablo, que si al Israel de la carne le fue retirada la primogenitura y entregada a los gentiles, ello no fue para siempre, sino por su rechazo y obcecación y «hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles». Cuando las naciones antes cristianas rechacen a su vez a Cristo Mesías, pasará un tiempo y el Israel convertido será de nuevo el

centro de la Iglesia, en que reunidos ya judíos y gentiles «se hará un solo rebaño bajo un solo pastor».

¿Se están cumpliendo ya los tiempos de las naciones?

Los hechos de Polonia e Irlanda han sido interpretados y celebrados por los centros de poder que controlan los grandes medios de creación de opinión pública en el mismo sentido: la Iglesia católica ha perdido sus últimas batallas frente al Estado moderno en su intento de mantener que la sociedad civil deba someterse a la Ley de Dios. Por fin en el siglo xx la vida social y política no se somete a ninguna norma superior religiosa, que no sea derivada de su propia religión democrática.

La llamamos religión democrática, porque no es una forma de política, ya que si así fuera sería opinable y relativa, como toda forma; pero no: se trata de algo obligatorio e incuestionable, es un absoluto que todo cristiano debe no sólo acatar, sino alabar y reverenciar, como religión de la humanidad. Frente a ella no cabe oposición derivada en exigencias de la fe en Jesucristo, Hijo de Dios venido al mundo para salvamos, prejuicios superados que tolera que se refugien en la conciencia invidual como opinion privada irrelevante en la vida pública.

«Polonia semper fidelis Christo»

En la católica Polonia, pese a las abiertas exhortaciones de la Jerarquía, la mitad de la ciudadanía ha querido apartar al popular líder católico Lech Walesa de la Presidencia de la nación, y ha querido significar con ello su voluntad de abandonar la lucha en defensa de la vida pública según la Ley de Dios, pues se le ha hecho creer que tal signo de apostasía social es muestra de progreso humano y de futuro democrático de integración en el mundo moderno occidental.

En la vigilia de Cristo Rey: el sistema democrático contra la ley de Dios

En el otro extremo de Europa, en la católica Irlanda, todos los partidos del arco parlamentario, desde la derecha a la izquierda, propugnaban unánimes el voto en favor del divorcio, en frontal oposición a la Jerarquía de la Iglesia, apoyada explícitamente por el Papa Juan Pablo II.

Se trataba de saber si se acababa de una vez por todas con la «extravagancia» de un último reducto de cristiandad resistente frente al ateísmo público generalizado en las restantes naciones civilizadas. La confrontación era clara: el poder político representante del sistema democrático, contra la Iglesia de Cristo y su Vicario en la tierra. El desafío tendría lugar en la vigilia de la Fiesta de Cristo Rey del Universo. La opinión mundial se hallaba expectante.

Si se admite el sofisma de que los hombres pueden organizar su vida social como si Dios no existiese, la lógica del divorcio es imparable

A primera vista podría parecer incoherente que en una sociedad en que dos de cada tres irlandeses van a misa cada domingo, ninguno de los partidos en que ésta se agrupa políticamente sintonizara con esa mitad de la población que quiere vivir socialmente según la Ley de Dios y defendiera, al menos por oportunismo, una opción congruente con las convicciones de sus votantes; pero viendo las cosas desde nuestra perspectiva lo sucedido es perfectamente consecuente.

Aceptando todos los partidos políticos el principio democrático de que la fe es algo privado que no debe comportar exigencia previa alguna en la organización de la vida pública, pues proclamar lo contrario hubiera supuesto la inmediata exclusión como partido democrático, y no habiéndose planteado oposición doctrinal y religiosa a tal premisa, las consecuencias no podían evitarse

por mucho tiempo. Se trataba sólo de esperar el momento oportuno. La ciudadanía, metódicamente adoctrinada por los masivos medios de creación de opinión, deslumbrada por las promesas de progreso y enriquecimiento, abandonaría la tradición cristiana de sus padres y aceptaría el divorcio como exigencia de los nuevos tiempos y la pertenencia a la Europa democrática.

Quince de cada cien votantes se han pasado en diez años a los divorcistas

Hace escasamente diez años, en 1986, el mismo divorcio fue rechazado por el mismo electorado por un 64 % frente a un 36 %; al cabo de dos lustros, 15 de cada 100 votantes se han pasado a las filas divorcistas. ¿Qué ha sucedido en Irlanda en estos diez años?

El pueblo irlandés, desde su derrota ante su poderoso vecino inglés por motivos de fidelidad religiosa, ha vivido pobre, pero arraigado en su fe católica. La secular persecución y postración no ha conseguido sino reafirmarle en su tradición nacional y religiosa. Para introducirle en la modernidad europea se pensó en cambiar de método: para que dejara de ser católica, previamente había de dejar de ser pobre, ya que estaba demostrado que cuando un pueblo, al igual que una familia, pone su ilusión colectiva en enriquecerse a toda costa, resulta fácil hacerle perder la fe y corromperle.

Irlanda ingresó en la Comunidad Económica Europea y recibió de ésta generosas inversiones y ayudas que le permitieron exportar y elevar espectacularmente su renta y su consumo. Los jóvenes granjeros ya no tuvieron que emigrar a América; se trasladaron a los suburbios de la gran ciudad y sus mujeres dejaron las labores del hogar para liberarse, trabajando ocho horas diarias en las fábricas y oficinas, aportando un segundo sueldo que permitiera adquirir lo que la televisión anunciaba como imprescindible para disfrutar de la llamada «calidad de vida», exigida por los nuevos tiempos. La fórmula había sido experimentada con éxito años antes en la España del desarrollo por los políticos que en la etapa final del régimen anterior prepararon desde dentro el advenimiento del actual.

Las familias numerosas campesinas, trasladadas a la ciudad, dejaron de serlo. Se liberalizó y fomentó el consumo de anticonceptivos, pues la maternidad era una traba a la realización de la mujer liberada y las relaciones pre y extramatrimoniales, una opción personal y una exigencia de la libertad. Las crisis familiares fueron en aumento y había que buscar solución con «una nueva oportunidad» —como decía la propaganda divorcista financiada con el dinero público— cruzando el Canal. Dicha situación insostenible, única en Europa, debía cambiar.

Jahwé ya no es nuestra bandera, pues la victoria la dan las urnas

De hecho, ya había cambiado. Las estadísticas dicen que el voto del campo fue mayoritario en favor del *no*, pero que en Dublín y su cinturón arrasó el *sí*. Se cruzaron argumentos de ventajas e inconvenientes, en pro y en contra, pero el abandono de la defensa del principio de que Dios debe ser también obedecido por las sociedades, no se salva con el recurso de sacar de sus conventos a las carmelitas de clausura para llevarlas a votar, como nos han mostrado con regocijo los medios de comunicación. Cuando Amalec atacó a Israel en Refidim, Moisés envió a Josué y a su ejército a combatir, pero él, con Aarón y Hur subieron a la colina. Mientras Moisés elevaba los brazos en oración, Israel vencía, pero cuando los dejaba caer prevalecía Amalec. Ante lo incierto del combate, los que acompañaban a Moisés no le dejaron y bajaron a la llanura a combatir, sino que le acompañaron en la oración, sosteniéndole las manos, uno a cada lado, manteniéndole firme hasta la puesta del sol. Así derrotó Josué a Amalec. Moisés edificó en acción de gracias un altar al que puso por nombre : «Yaveh es mi bandera» (Ex 17). Pero hoy se cree que la victoria la dan mejor los votos que la oración.

Ocho mil quinientos votos, un 51,3 % frente a un 49,7 %, no supone gran diferencia, pero es igual, pues en los dogmas de la religión democrática figura que la mayoría de un solo voto expresa inequívocamente la voluntad del pueblo soberano, única e incuestionable fuente de la moral y del derecho.

Al igual que en Italia primero, y en España después, un gobierno de «derecha centrista y democrática» había sabido convencer a la ciudadanía de que la modernidad y el progreso exigen que los tribunales del dios Estado

puedan disolver los matrimonios celebrados con voluntad indisoluble ante el altar de Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

Plebiscitos y asambleas gritan: «¡No queremos que Cristo reine!» Frente a ellos, los devotos del Corazón de Jesús proclaman: ¡Cristo debe reinar!, ¡Venga tu reino!»

Se ha consumado lo que Pío XI dijo: «En los pasados tiempos, y en los nuestros, por las maquinaciones de los impíos, se ha llegado a rehusar el imperio de Cristo Señor Nuestro, y a mover oficialmente guerra a la Iglesia, dando leyes y promoviendo plebiscitos contrarios al derecho divino y natural, y celebrando asambleas que gritaban: !No queremos que éste reine sobre nosotros!». Frente a éstos, «una sola frase brotaba con ímpetu de todos los devotos del Sacratísimo Corazón de Jesús, y se oponía con vehemencia para vengar su gloria y afirmar sus derechos: Es necesario que Cristo reine, Venga tu reino» (*Miserentissimus Redemptor*).

Esta es la proclama de nuestra revista: la salvación del mundo está puesta en la misericordia del Corazón de Jesús con la pobre y orgullosa humanidad de nuestro tiempo que engañada busca desafortunadamente su felicidad en olvidar su fidelidad a Dios, rechazando su Ley.

Los gobernantes de las naciones cristianas se alían contra Dios y su Cristo, diciendo: ¡Abandonemos su ley y no nos sometamos a sus mandamientos! Pero Dios se burla de sus planes insensatos, pues ha ungido a Cristo por rey de las naciones para siempre.

El profeta David ya vio estos tiempos y nos advirtió del desenlace:

*¿Por qué se amotinan las gentes,
y los pueblos piensan vanidad?
Estarán los reyes de la tierra,
Y príncipes consultarán unidos
Contra Jahwé, y contra su unguido, diciendo:
Rompamos sus coyundas,
Y echemos de nosotros sus cuerdas.
El que mora en los cielos se reirá;
El Señor se burlará de ellos.
Y entonces hablará a ellos en su furor,
Y turbarálos con su ira.
Yo empero he puesto mi rey
Sobre Sión, monte de mi santidad.
Yo publicaré el decreto:
Jahwé me ha dicho: Mi hijo eres tú;*

*Yo te engendré hoy.
Pídeme, y te daré por heredad las gentes,
Y por posesión tuya los términos de la tierra.
Quebrantarlos has con vara de hierro:
Como vaso de alfarero los desmenuzarás.
Y ahora, reyes, entended:
Admitid corrección, jueces de la tierra.
Servid a Jahwé con temor,
Y alegraos con temblor.
Besad al Hijo, porque no se enoje y perezcáis
en el camino,
Cuando se encendiere un poco su furor.
Bienaventurados todos los que en él confían.*

(Salmo 2)

El cálculo de probabilidades al servicio de la investigación bíblica

Josep M. Mundet i Gifre

En la conferencia que el padre José O'Callaghan pronunció en la Balmesiana en mayo del presente sobre las investigaciones a propósito del papiro 7Q5, y de la que dimos cuenta en nuestro número de junio, anunció la publicación de un libro sobre el tema, que debería contener una importante aportación del eminente matemático Albert Dou. Ahora se ha hecho realidad el anuncio del autor, en forma de un volumen primorosamente editado.*

Para introducir el tema no parece necesario hacer aquí de nuevo un resumen de las investigaciones sobre los manuscritos de Qumrán ni sobre las específicas llevadas a cabo por el padre O'Callaghan con los de la cueva 7, singularmente con el papiro 7Q5, que contiene Mc 6,52-53. Tampoco lo ha pretendido el autor. En cualquier caso, remitimos al lector a la reseña de la citada conferencia.

A pesar de su brevedad, la obra tiene un alcance mucho mayor. Porque O'Callaghan es muchísimo más que 7Q5. Al fin y al cabo, su descubrimiento no fue el resultado de una casualidad, ni sus investigaciones posteriores, producto de un voluntarismo *dilettante*; sino que cabe enmarcarlo todo en su incansable dedicación al estudio del griego bíblico y del griego clásico y en sus años de fecunda docencia e investigación en el Instituto Bíblico de Roma.

Y no tendría sentido estudiar Qumrán al margen de las demás investigaciones sobre los manuscritos sagrados y profanos de la antigüedad en lo que tienen de objetos susceptibles de ser estudiados a la luz de técnicas comunes. De ahí la utilidad de esta nueva obra de O'Callaghan, que permite introducirse con paso seguro en el mundo de la papirología neotestamentaria. Un primer capítulo está dedicado a explicar brevemente el uso del papiro como soporte de escritura, su relación con respecto al uso del pergamino, el paso del rollo al códice, la recuperación arqueológica, la historia de la ciencia papiroológica, etc.

Un segundo capítulo, más extenso, ofrece el catálogo completo de «todos» los papiros neotestamentarios según la edición de Nestle-Aland. En total, son 98 frag-

mentos, de extensión muy desigual, que van desde los Chester-Beatty y los Bodmer hasta los que contienen un solo versículo. Esto permite saber qué partes del Nuevo Testamento se conservan en forma de papiro y a partir de aquí establecer el número de versículos y su porcentaje de cada texto: evangelios, Hechos, epístolas y Apocalipsis.

En el tercer capítulo O'Callaghan vuelve a los temas de la ciencia papiroológica en algunos de sus aspectos más concretos: los tipos textuales, los «nomina sacra» y la fecha del paso del rollo al códice.

Este es el documentado entorno en el que hay que situar 7Q5 y también 7Q4, fragmento de la primera carta a Timoteo. Y a ello dedica el autor un extenso epílogo. Que nadie espere revelaciones sensacionales; la revelación sensacional se produjo en 1972, cuando se anunció la identificación del papiro como Mc 6,52-53, que rompía muchos esquemas y muchas ideas preconcebidas. Ahora, cuando la polémica ha amainado y se dispone de nuevas pruebas favorables, como son los trabajos del Departamento de Identificación y Ciencia Forense de la policía israelí o el apoyo de C. P. Thiede, sólo cabe reafirmarse en la identificación y en su importancia.

Y entre las pruebas nuevas hay que destacar la que se aporta aquí como primicia: un estudio de Albert Dou sobre la probabilidad de que 7Q5 no pertenezca a Mc 6, 52-53, basado en las letras identificadas y en su colocación. No estamos en condiciones de juzgar el razonamiento matemático, como seguramente tampoco lo estarán la mayoría de papirologos. Pero el argumento de autoridad es incuestionable: Albert Dou es ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, doctor en Matemáticas, catedrático emérito de la Universidad Autónoma de Barcelona, después de haber sido catedrático de la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid; y aquella probabilidad es de uno dividido por diez mil millones; una probabilidad prácticamente igual a cero.

Esperemos que no esté lejano el día en que 7Q5 aparezca en la lista «oficial» de papiros neotestamentarios, reconociendo su identificación con Mc 6, 52-53 y su antigüedad, aquella antigüedad (50 a. de C. - 50 d. de C.) que se le atribuía, sin ningún «problema», cuando nadie había pensado que podía pertenecer al evangelio de san Marcos.

*JOSÉ O'CALLAGHAN: *Los primeros testimonios del Nuevo Testamento. Papirología neotestamentaria*, Córdoba, El Almendro, 1995.